

San José, Costa Rica

1926

Lunes 1º de Marzo

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *El nacionalismo en la América Latina*, por José Vasconcelos.—*Unos apuntes a la carta de Lugones*, por Baltasar Dromundo.—*Protestan los estudiantes latino-americanos contra el déspota del Perú*.—*Los griegos sutiles van a Roma*, por N. Viera Altamirano.—*Canción de la rosa entreabierta*, por Rafael Heliodoro Valle.—*El buque sumergido*, por Carlos Luis Sáenz.—*Ladislao Estanislao Reymont*, por Guillermo Jiménez.—*Transmigración*, por Rubén Coto.—*El mejor de los propósitos*, por Jorge Cardona.—*La tristeza de Nausicaa*, por Carmen Lyra.—*La Enseñanza y la Economía*, por José Carlos Mariátegui.—*Tablero*.

El nacionalismo en la América Latina¹

Dedicada a M. Vincenzi

Si cualquiera de vosotros, profesores y hombres o mujeres de pesamiento, se presentase en el claustro de la Universidad de la Habana o de la Universidad de México, en cualquiera de nuestras universidades iberoamericanas, estoy seguro de que, de todas las bocas que allí os darían la bienvenida, saldría una misma súplica unánime y cordial: Decidnos cómo es el Austria contemporánea, qué es lo que piensa, qué es lo que anhela. A tales o parecidas preguntas tendríais que improvisar respuestas; y esto mismo es lo que yo tendré que hacer en el presente caso, para responder a las interrogaciones que bullen en vuestras mentes, a la vista de un mexicano, a la vista de un iberoamericano.

Mi voz tendrá que esforzarse y mi ánimo habrá de ensancharse, para recoger impresiones, para comunicaros un esbozo de lo que son, lo que hacen y lo que piensan ochenta millones de almas. Almas, todavía en formación y que se empeñan en llenar y en integrar todo un continente y un continente que es la esperanza y la ilusión postrera de todas las razas de la tierra.

¿Quiénes somos, qué somos?

Extraño problema es el de cada vida humana y difícil el intento, siquiera sea de definirla; más difícil aún en nuestro caso, en donde se juntan los síntomas de la juventud con los peligros y los males de la decadencia. Extremadamente difícil por tratarse de una raza, hecha de contrastes y de países que son inmensamente ricos en recursos naturales, pero sumamente escasos de bienes disponibles. Situación también contradictoria desde el punto de vista espiritual porque poseemos veneros inexhaustos de cultura heredada y una generosa universalidad de conciencia; pero al mismo tiempo padecemos de una general ignorancia y de una completa ausencia de planes constructivos.

Del fondo de este caos, que después de todo, quizás sólo sea una circunstancia inevitable del gran proceso de preparación de una cultura original, del fondo de todos estos datos, de estos hechos, de estos juicios y acontecimientos, procuraré extraer algunos hilos de urdimbre para formar un vago tejido. Procuraremos seguir las ondulaciones misteriosas de esa cristalización de los rasgos de una raza; rasgos más impalpables que las ondas de la cristalización química. Trataré pues de hilvanar los hechos dentro de algunas series de conceptos que acaso nos sirvan para descubrir la dirección, la tendencia constructora en medio de la confusión y tumulto de los sucesos. Acaso también, pues nadie conoce el límite de los poderes mentales, acaso también contribuya este esfuerzo nuestro, junto con otros semejantes, repetidos y renovados, a crear esa dirección que falta a los hechos, esa corriente que arrastra las cosas, modela los ánimos,

y obliga a los pueblos a convertirse en creadores de ideal. De esta suerte el futuro inmediato, podrá tomar de nosotros, de nuestra voluntad y de nuestro pensamiento, su sentido y su ley: La fuerza que necesitan las cosas para organizarse y ascender con esplendor.

Desgraciadamente, toda la cultura aparece siempre como un intento que no se logra del todo. Cada proceso de avance se mira amenazado por esa suerte de vacilación de los sucesos que no aciertan a insertarse en el hábito superior; que no logran adaptarse a la voz de mando del ideal. El empeño colectivo se rompe entonces, la energía se dispersa y la existencia, desamparada del espíritu, vuelve a su aplanamiento y a su torpor. El alma individual también, contagiada del ritmo inferior, susceptible también a la ley de las cosas, que son más parientes de nosotros de lo que a primera vista se cree, se siente como desgobernada y deshecha; igual que si también estuviese sujeta al influjo de la misma fatalidad que desintegra la energía física y a la misma roca la convierte gradualmente en polvo, a causa de los lentos y constantes desequilibrios de temperatura y al roce de los movimientos combinados. La Gran Bola de lo homogéneo, devorando constantemente los atisbos y los intentos de creación de lo particular. Nosotros y el mundo físico, en realidad, *un solo todo, amenazado de recaer en los procesos de abajo*; en lo que llamamos caos de lo físico, en lo que llamamos mal en lo ético, en lo que llamamos feo dentro de la esfera de lo estético. En todas partes una misma debilidad, una misma impotencia, para lograr las formas superiores del destino. Procedimientos imperfectos de la potencia somos ambos, la naturaleza y nosotros; procedimientos torpes en manos de seres que retornan al abismo en el instante exacto en que les falta el soplo divino; el trémulo misterioso de la alegría.

Pero la ventaja del alma sobre la cosa está, como si dijéramos, *en su mayor rapidez de cristalización*. En tanto que el polvo tarda siglos para volver a formar el granito; el alma a veces en sólo un segundo se reconstituye, se renueva, se ilumina toda entera. Y así se ve que los procesos divinos son lentos como la solidificación, múltiples como la germinación, rápidos como la luz; pero ninguno es ni más prodigioso, ni más rápido que el alma. De allí que entre todos los factores que modelan la historia de un pueblo ninguno sea más importante que el de la raza que lo constituye. Y gracias a esa virtud innata, todavía nos es posible creer y esperar después de tanta derrota y después de tanta y tan bochordosa sucesión de fracasos. Gracias también a esa variedad infinita de nuestra naturaleza, la historia no se repite, sino que ya sea de una manera ciega o de una manera determinada, nunca cesa de inventar y de crear.

Veamos qué es lo que se está creando en la América nuestra. Desde que nuestro mundo aparece en la historia, dos corrien-

1.—Conferencia pronunciada en el Congreso Socialista reunido en Viena, en diciembre pasado.

tes se han vertido allí para impulsarlo; dos procesos de acción civilizadora: por una parte el afán de colmar los apetitos con nuevos tesoros, la fantasía con otros paisajes y por la otra el anhelo de buscar prosélitos para una fe sin confines: Los conquistadores y los misioneros; la obra de descubrir y organizar pueblos y el propósito de difundir luz en las almas; dominación y proselitismo.

Se diría que ya desde que en la Judea se ordenó: Id a predicar el evangelio a todas las naciones; llamad a conversión a los gentiles, a la vez que se sentaban las bases de un nuevo derecho de gentes, se presentía el descubrimiento de una gran tierra que habría de servir de patria a las razas liberadas. El propósito de expansión espiritual, se vió además, impulsado por la necesidad física del desbordamiento. Por virtud del mandato cristiano, el principio de la cultura salió fuera de la tribu, salió de la patria y rebasó la estirpe misma; pero el mundo antiguo resultaba pequeño para la nueva concepción de la vida y el Asia demasiado repleta. Zonas de población excesiva, no entienden de doctrina, no entienden de moralidad, lo que necesitan es espacio. Y en busca de espacio fueron las naves mediterráneas y en el continente que hallaron se ha iniciado un nuevo proceso de la historia; un período de cultura fraternal que tarde o temprano ha de sustituir a este Medioevo contemporáneo: Un medio evo en el cual la barbarie se ha puesto el disfraz de un nombre nuevo y manchado de sangre, el nombre para muchos honorable pero en realidad perverso; el nombre discutido de: *nacionalismo*.

Nuestra América, es cierto, en muchos de sus aspectos, no es otra cosa que un reflexo, una copia de Europa y obra casi toda de europeos. Sin embargo ello no nos obliga a hacer de nuestra historia simplemente una repetición de la historia europea. La experiencia humana no es totalmente estéril, los tiempos no pasan en vano, cada semilla se renueva y centuplicada en el fruto. Por eso nos empeñamos en que salga de nosotros una forma original de cultura. El mejoramiento popular, la conquista de la justicia y de la sabiduría, la reforma de las instituciones y de las almas, tales son las condiciones de nuestro patriotismo y parte fundamental de su contenido. Ningún apego a los errores del día; ningún retorno al pasado. Trabajo ardiente para comprometer al futuro, para obligarlo a que esplenda de gloria: así definiría yo nuestra manera de nacionalismo. Una aurora, un nacimiento, no renacimiento, sino creación de formas mejores y más altas de vida.

Tal ha sido en realidad el ideal iberoamericano, desde los comienzos de nuestra independencia, más aun desde que los conquistadores y los misioneros iniciaron en nuestras tierras su obra inspirada y maravillosa. Aventuras de leyenda convertidas en realidad viviente por el genio de los capitanes y los predicadores más asombrosos que ha conocido la historia, no sé a dónde pudieron llegar si no les estorban los logreros y los pícaros que la Corona de España enviaba a nuestras tierras.

Desgraciadamente los españoles que llegaron a la América llenos de genio y de audacia, ya no eran libres; no procedían de una república, como la veneciana o la florentina, sino que dejaban la patria en el instante mismo en que las libertades políticas comenzaban a decaer por la supresión gradual de los fueros en Castilla, en Aragón, en todas las libres provincias cuyos sacrificios para la reconquista eran premiados por los Reyes, robándoles sus privilegios de autonomía y de ciudadanía.

Desde Isabel con su leyenda falsa de las joyas,—leyenda falsa porque no está probado que las ofreciera a Colón y sí es evidente que la América no le costó, le produjo joyas,—hasta Fernando Séptimo, el degenerado sobre el cual se ha querido echar toda la culpa del fracaso, como si los otros de su abolengo no hubieran sido y no fueran lo mismo; todos los monarcas de España y aún los monarcas ingleses no hicieron otra cosa que diferir el designio de hacer de la América una tierra de elección y de justicia para beneplácito de todos los hombres. Ambas monarquías implantaron monopolios que violaban el compromiso tácito de América; monopolios que cerraban el continente a la explotación libre del humano esfuerzo y lo convertían en feudo de intereses ruines o en galardón de torpezas y

cortesánias. Ciertamente que por excepción, tuvimos algunos buenos virreyes, pero más cierto es que el sistema de irresponsabilidad inherente a la institución monárquica tuvo que ser y fué para todos fatal; fatal para España y fatal para nosotros mismos. La América del Norte rompió con la Corona inglesa cincuenta años antes que nosotros y hoy nos lleva cien años de adelanto. Nosotros rompimos por fin, pero muchos de nuestros males todavía arrancan de aquellos siglos de obediencia ciega. Todavía los arrebatos esporádicos contemporáneos de localismo y de nacionalismo, tienen mucho de esa pasión del esclavo que se siente adherido al jefe, al cacique, al general, al amo de la tierra o del Estado. Tan despreciable y pecaminosa sumisión del hombre al hombre no ha podido dar sino frutos de desventura. Casi todas nuestras victorias se ven anuladas en la práctica. Abrimos nuestras fronteras a todos los pueblos pero los polizontes del personalismo, molestan a nacionales y extranjeros cada vez que se cruza la línea divisoria de nuestras nacionalidades. Proclamamos la igualdad de todas las gentes, pero muy pocos son los que pueden aprovechar las ventajas que ofrece nuestra naturaleza. La pobreza general, la ignorancia, las condiciones geográficas y sociales han demorado nuestro progreso. Y los sistemas despóticos de gobierno inaugurados allá por los Reyes, han encontrado continuadores en la persona de jefecillos militares ignorantes y rudos, especies de condotieros feroces que llamamos caudillos y que han sido el azote de todos los nuevos Estados. Sucedió que los hombres heroicos, videntes, que consumaron la Independencia se agotaron casi totalmente en la lucha. Bolívar, nuestro más ilustre capitán, perdió pronto el poder y fué reemplazado por jefes menores de milicia de montonera. Sucre, el más noble y más puro de todos nuestros idealistas, fué asesinado y uno de los presuntos asesinos suyos se hizo proclamar presidente de una de nuestras repúblicas, fundando así la ya larga y todavía no extinta dinastía de los presidentes asesinos. En México, casi todos los verdaderos patriotas perecieron en la contienda o fueron hechos a un lado y a la hora del triunfo un tal Iturbide se proclamó Emperador, no obstante que era reo de doble traición puesto que al frente de ejércitos reales, durante años había combatido a los rebeldes. San Martín, el glorioso jefe argentino, tuvo que dejar su país retirándose en desgracia y el poder recayó también allá, en manos de generalillos y de asesinos. Tal es el abolengo de nuestro caudillaje, el abolengo del condotierismo latinoamericano; tal fué la herencia política de la monarquía, el sistema de gobierno por la espada. En cada una de nuestras grandes revoluciones libertadoras vuelve siempre a ocurrir lo mismo, los que al principio nada arriesgan ni entienden siquiera el movimiento, se adhieren a él ya que está triunfando o en una segunda etapa; juntan entonces soldados y sin más programas que hacerse del mando, eliminan a los patriotas y se instalan en el poder. La tiranía, de esta suerte, cambia sus verdugos, pero no sus sistemas.

Tan nociva nos ha sido semejante política, que sólo pueden ufanarse de un verdadero progreso, aquellos países que como la Argentina eliminaron el caudillaje desde hace muchos años o como el Brazil que nunca lo tuvo. Uruguay también y Colombia, una tierra gobernada desde sus comienzos por hombres de letras, no por soldados y Costa Rica y Cuba, talvez alguna otra nación han escapado a la tradición maldita; pero en los demás pueblos la lucha entre la barbarie en su forma más cruda y primitiva y la civilización en sus formas elementales e impotentes se prolonga y estorba el desarrollo nacional. La lucha armada por el poder, la ambición y la ignorancia, impiden el desarrollo de cualquier plan constructivo. Cada período negro de nuestra historia ha quedado bautizado de esta suerte con el nombre sanguinario de alguno de estos dictadores y caudillos que son baldón de nuestra estirpe.

Y no solamente nuestro caudillaje ha logrado perpetuar entre nosotros la ignorancia y la tiranía sino que también, en lo que se refiere a nuestra política internacional, el caudillaje es el enemigo nato del acercamiento hispanoamericano y el sostén de ese nacionalismo celoso que es tan contrario a nuestra buena tradición y al espíritu de nuestra cultura. Contradictorio de nuestra tradición porque desde el principio fuimos una sola

nación bajo el cetro de España; un territorio continuo, una lengua, la misma religión y la misma idiosincracia. Contradictorio, asimismo, de los intereses más altos de nuestra raza, intereses claramente definidos por los fundadores de nuestra vida independiente, los Sucre, los Bolívar, los Hídalgo que se propusieron crear naciones abiertas a toda la especie humana. Y una y otra vez la ambición y el cretinismo de los caudillos ha impedido que todos estos propósitos salvadores se consuman. Todavía ayer, vimos fracasar por la décima ocasión, una de las coaliciones más urgentes. A la caída de una especie de aborto demoníaco, que se llamó Estrada Cabrera, el gobierno civil revolucionario de Guatemala, se puso de acuerdo con los presidentes civiles del resto de Centro América y un día glorioso, el cable informó al mundo que los cinco presidentes de la América Central habían renunciado a sus investiduras, constituyéndose en gobernadores de provincia a efecto de convocar una Asamblea constitutiva de la nación Centro Americana. Pero enseguida un golpe militar, un golpe de Estado, una resurrección del caudillaje, echó por tierra el gobierno guatemalteco y el plan de unión se vino abajo con gran beneplácito de los intereses norteamericanos que intervienen en la política de la América Central. Aquí como siempre, se nos aparece el caudillo, marchando en los bordes de la traición y eso no obstante que en su jerga de politicastro, llama todos los días traidores a los que no le siguen en todas sus infamias.

Pero no sólo ha sido el caudillo un malhechor del Estado, un malhechor de la política; también en el orden económico es constantemente el caudillo el principal sostén del latifundio. Aunque a veces se proclamen enemigas de la propiedad, casi no hay caudillo que no remate en hacendado. Lo cierto es que el poder militar trae fatalmente consigo el delito de apropiación exclusiva de la tierra; llámese el soldado caudillo, Rey o Emperador: despotismo y latifundio son términos correlativos. Y es natural, los derechos económicos, lo mismo que los políticos, sólo se pueden conservar y defender dentro de un régimen de libertad. El absolutismo conduce fatalmente a la miseria de los muchos y al boato y el abuso de los pocos. Sólo la democracia, a pesar de todos sus defectos, ha podido acercarnos a las mejores realizaciones de la justicia social, por lo menos la democracia, antes de que degenera en los imperialismos de las repúblicas demasiado prósperas que se ven rodeadas de pueblos en decadencia. De todas maneras, entre nosotros, el caudillo y el gobierno de los militares han cooperado al desarrollo del latifundio. Un examen siquiera superficial de los títulos de propiedad de nuestros grandes terratenientes, bastaría para demostrar que casi todos deben su haber, en un principio a merced de la Corona española, después a concesiones y favores ilegítimos acordados a los generales influyentes de nuestras falsas repúblicas. Las mercedes y las concesiones se han otorgado, en cada caso, sin tener en cuenta los derechos de poblaciones enteras de indígenas o de mestizos que carecieron de fuerza para hacer valer su dominio. De este sistema de simple ocupación brutal, procede la riqueza del hacendado de México, del estanciero de la Argentina, del gamonal del Perú. Algunos de los jefes de nuestra guerra de Independencia, hombres como Morelos en México o más tarde, como Alberdi en la Argentina vieron desde entonces y proclamaron la necesidad de romper estos monstruosos monopolios; cada una de nuestras revoluciones los combatió; pero a medida que la revolución degenera en caudillaje, es el caudillo mismo el que aparece como terrateniente. Y así se prolongan la explotación y el abuso. Aún en países como la Argentina donde el caudillaje militar lleva años de muerto, la herencia del caudillaje perdura en la forma de las grandes *estancias* que no se venden a ningún precio y que sólo se subarriendan a quien, llevado de la miseria acepta trabajarlas en condiciones de esclavitud. Si no fuese por la pequeña aristocracia de la tierra, Argentina, la gran nación del Sur, estaría ya en camino de rivalizar con los Estados Unidos del Norte; país este último que debe su prosperidad a las grandes libertades de su primera época y a la juiciosa distribución que hizo de las tierras, fraccionándolas entre pequeños propietarios que a su vez se convierten en el soporte de la libertad. De igual

suerte nosotros, no conseguiremos ningún serio adelanto, mientras permitamos que perduren los dos azotes sociales: el terrateniente y el caudillo militar. Y no sólo no conquistaremos progresos sino que no aseguraremos la paz, mientras halla terratenientes y caudillos. La revolución mexicana de los últimos quince años no ha sido más que un asfuerzo para romper el monopolio de la tierra y el monopolio de la política, la explotación del trabajador y la tiranía, el reeleccionismo, el militarismo en la política. Convulsiones semejantes tendrán que producirse en los demás países de nuestra América si los gobiernos no se adelantan a la desesperación popular, poniendo una mano salvadora sobre el más urgente de nuestros problemas sociales. Una simple hojeada a nuestra historia comprueba la tesis asentada. Cada uno de nuestros derechos asegurados, cada una de nuestras conquistas sociales, procede invariablemente de aquellos períodos cortos en algunas naciones, más largos en otras, en que el gobierno ha salido de manos de los jefes militares, para ser ejercido dentro de formas civilizadas y democráticas. El desarrollo de la educación pública que casi siempre coincide con estos breves períodos de libertad, tiende a desterrar la influencia del caudillo. Desde que el argentino Sarmiento, implantó su gran reforma educacional, la Argentina no ha vuelto a producir Napoleones, ni encarnaciones de la revolución, ni salvadores de la patria. Lo mismo llegará a ocurrir en el resto de nuestras patrias. El poder creciente de la doctrina socialista en países como México, la Argentina y el Uruguay, acabará por imponer gentes mejores en el gobierno y sistemas económicos más adecuados. Sólo entonces podremos convencer al emigrante de que realmente aquellas tierras están destinadas a producir un tipo de civilización generosa y universal. Por ahora todavía en una gran proporción y con excepciones raras es un deber de veracidad, afirmar que la injusticia económica y el despotismo, estorban el desarrollo de nuestra cultura y nos impiden lograr la fraternidad y la comunión de todas las gentes.

Sin embargo, para aquellos optimistas valerosos que gustan de ver más bien el aspecto risueño de las cosas, diré que por lo que hace a la teoría, a la convicción íntima y al dominio del espíritu, todas nuestras convicciones y todas nuestras tendencias nos llevan a concebir y a procurar la realización de las más altas formas de convivencia humana.

Es curioso, por ejemplo, observar que mientras en la Europa de la post guerra el nacionalismo se recrudece y retorna a maneras casi agresivas, entre nosotros, en cambio, gana cada día más adeptos el viejo plan de crear una federación poderosa con todas nuestras nacionalidades aisladas. De esta suerte, mientras Europa se desintegra en nacionalidades, nosotros nos encaminamos a la formación de un vasto Estado. En tanto que otros países afirman los muros aisladores del nacionalismo, nosotros procuramos abrir nuestras puertas a los influjos externos y a la inmigración extraña. Al proceder de esta suerte, confiamos, sin duda, en nuestros vastos recursos vírgenes y en el poder asimilativo de nuestra cultura. Un poder de asimilación que se funda en la flexibilidad y la libertad, más bien que en el rigor de las normas. Poseemos naturalmente, desde antiguo, un tipo peculiar de cultura, una tradición ilustrada que nos ha defendido de la desaparición durante los períodos más negros de nuestras barbaries y tiranías. Con la orgullosa y sólida estirpe indígena, España combinó su sangre y su espíritu. Después rompimos, para siempre, con la monarquía, pero no con el pueblo español. En distintas épocas, se han hecho sentir también otras influencias. A Francia, por ejemplo, debemos el culto de la libertad política y la fe en el mejoramiento social. El genio y el arte de Italia, la filosofía de Alemania, la música austriaca, la literatura rusa, todo esto, ha dejado huella y ha producido ecos en aquella región de alma fecunda, plástica y libre totalmente de prejuicios ideales. Tanto es así que aún en las peores épocas de las tiranías, la libertad del pensamiento se ha mantenido inmaculada en toda clase de cuestiones filosóficas, religiosas, artísticas y aun sociales y económicas, pues comúnmente la única exigencia del déspota es que no se toque directamente su persona. Lo demás, como no lo entiende, lo juzga inofensivo, desdeñable, si no es que le entra la vanidad de sen-

tirse Mecenas, pues entonces se rodea de esos intelectualillos de segunda que en ninguna Corte del mundo han faltado. En todos los casos nuestra terminología cívica, nuestro léxico patriótico habla en tono generoso, habla de rebasar fronteras y de ensanchar el corazón para que abarque a todos los hombres. Y en honor de la verdad no siempre se ha quedado, todo esto, en pura prédica; no sólo lo malo ha de decirse, sino también lo bueno porque así se estimula a los buenos y se hace justicia al pasado. Nuestro mismo nacionalismo, ese punto quebradizo de la moralidad de todos los pueblos, ha solido asumir entre nosotros determinados aspectos que bien podrían servir de precedente para un nuevo concepto del derecho de gentes. Para comprobar tal afirmación, referiré sólo dos casos notorios. Durante el gobierno de Sarmiento, la Argentina coaligada con el Brasil y el Uruguay tuvo que hacer la guerra al Paraguay, para extirpar de allí, la planta maldita del caudillaje, la más monstruosa quizás de todas sus manifestaciones. En la historia de la criminología merece lugar de infamia un déspota feroz que deshonró los nombres de López y Solano. Para deponerlo, invadieron el Paraguay los ejércitos unidos de las tres poderosas naciones del sur. Desgraciadamente, malas inteligencias llevaron al pueblo paraguayo a una resistencia tan heroica como inútil; desgarró el corazón enterarse de aquella epopeya oscura y magnífica; magnífica por el valor desesperado de los patriotas que creían defender su territorio y oscura porque la deshonraba la jefatura de un asesino. Es fama que casi se acabaron los hombres en el Paraguay de entonces porque los que no había colgado Solano como enemigos de la causa, se hicieron matar en defensa de la patria infortunada. Pero así que todo el país estuvo sometido, así que Solano quedó eliminado y que se pudo tratar con lo que quedaba de la nación paraguaya,

Sarmiento comenzó y terminó los tratados con esta frase sublime: *La Victoria no da derechos*. Y el Paraguay no perdió una pulgada de territorio ni tuvo que soportar carga ni humillación de parte de sus vencedores. Sobre la idea nacional obtuvo un triunfo esplendente la idea iberoamericana. Toda idea de conquista en lucha de naciones de habla española, parece absurda desde aquel precedente.

El otro caso se refiere a mi patria particular, a la infortunada y generosa nación mexicana. Entre la antigua Nueva España y la Capitanía General de Guatemala existe un territorio que se llama Chiapas. Cuando México se organizó como nación independiente, Chiapas, quedó comprendida dentro de nuestros linderos; pero unos cuantos años después, los chiapanecos tuvieron la idea de anexarse a Guatemala; lo discutieron, lo votaron y lo hicieron. Poco tiempo después, pensaron que era mejor volver a reunirse con México; entonces se separaron de Guatemala y volvieron a entrar a la Federación mexicana y durante todas estas entradas y salidas, a nadie se le ocurrió, ni en Guatemala ni en México, que aquello podía ser un *casus belli*. Ni siquiera se nos ha ocurrido tildar, a los chiapanecos de traidores a la causa de México o a la causa guatemalteca; sin duda porque Guatemala nos es tan querida como cualquier porción de México o de la América española. Esto también demuestra que la unidad étnica se impone fatalmente a las falsas barreras meramente políticas del interés nacional; un interés temporal, relativo y subordinado, al interés y a la misión de la raza.

JOSÉ VASCONCELOS
8, Eugene Delacroix Paris.

(Concluirá en el número próximo esta interesantísima conferencia).

Unos apuntes a la carta de Lugones

México, a 27 de Enero de 1926.

Señor don Joaquín García Monge.

San José, Costa Rica.

Muy señor mío:

Envío adjunto un artículo mío para su liberal REPERTORIO. Dadas las ideas amplias de usted y su actitud imparcial en el asunto que motivó la polémica entre los señores Vasconcelos, Chocano y Lugones, creo que no me negará una de sus columnas; máxime cuando el REPERTORIO es un periódico de América, libre, y al través de cuyas planas circula la savia ideológica del Continente intelectual.—México, como casi todos los países americanos, lucha por reconquistar y cimentar sus ideales; respiramos un aire de revolución, pero es necesario que la juventud comprenda que la revolución debe ser ideológica. Aquí tenemos ante la vista la obra todavía fresca de Vasconcelos y toda la juventud lo aclama como a su «Sarmiento redivivo», como hacen en toda América. Eso y otras cosas verá usted en el perfil de mi artículo, aunque vagamente,—pues se trata de las Américas y no de un país solamente. Verá usted también que algunas ideas o muchas, son meramente mexicanas. Aquí tenemos fe y esperanza y amamos todo lo que sea diáfano, todo lo que venga del Sur. Pienso que ya el insulto en un arcaísmo y usted lo comprobará con mi artículo en la mano. Los americanos debemos comenzar por perder la vanidad; «respetemos la santidad de todo lo que sea profundo». Le he de agradecer a usted la publicación de dicho artículo para sentar el precedente, entre la juventud de allá que me lea, de que debemos creer, esperar y amar.

De no ser a usted molesto le suplico me escriba; así sabré si recibió mi carta, caso de que estos apuntes no aparecieran en el REPERTORIO, cosa que dudo, dado el segundo título de su Semanario.

Considéreme usted su amigo afmo.,

BALTASAR DROMUNDO

LA rapiña y las asonadas reaccionarias han creado múltiples dificultades para que los pueblos de Amé-

rica no se conozcan. Los líderes y los contrarrevolucionarios han hecho a los americanos pesimistas: ya no quieren creer, ya no intentan amar. De este decaimiento espiritual han surgido la falta de energías prácticas y el exceso de valor en una literatura chaparra de plazuela. Vivimos una época toda de noche, como en 1521, en la Nueva España. Un pueblo vestido de negro circula por las calles infectas, como diría Pierre Louys. La raza se haya contraída y enferma, y su juventud, como el instinto de conservación, se ha hecho un estado de subconciencia. En el tablado caricaturesco de nuestros gobiernos serviles se exhibe un Arlequín de librea, diariamente, en tanto que un ejército ruín de civiles exprime el presupuesto. Pero la revolución, revolución por libertad, ha creado el Agrarismo en México, que es la mejor conquista hecha y ya vamos practicando un socialismo sin atavismos, por sierras y por pueblos. La nueva generación de América va despertando de su largo sopor; y comprendemos, sabemos, entendemos con una claridad solar que sólo la unión de los pueblos iberoamericanos, soñada por el gran Bolívar, nos hará más fuertes y más dignos. Tenemos esperanzas y fe ¡mucho fe!; queremos que el pueblo de América comprenda que lo nues-

tro es lo mejor, porque es lo nuestro y porque lo necesitamos, y que sepan los hombres que unos pueblos de América anduvieron descamisados hasta que el pueblo rubio les puso camisa de fuerza, y esto es lo que hay que evitar en lo futuro. No nos importan la ruindad, la mezquindad, la diatriba y la corbardía de algunos, porque las bestias tienen permiso de la Providencia para no saber lo que hacen ni contra quien van; pasamos por encima de todo lo malo, con un gesto de desprendimiento, porque sabemos, según el apostolado de Martí, que «la honra puede ser mancillada; la justicia puede ser vencida; todo puede ser desgarrado, pero la noción del bien flota sobre todo y no naufraga jamás».

Y en este gran momento histórico en que América, a pesar de sus hondas heridas trata de levantarse para mirar los astros; en este momento en que, al resplandor de las claras modalidades sociales contemporáneas, el pájaro de la libertad bate alas para cantar nuestros dolores hechos carne; ahora que una generación se abre a la luz de los problemas sociales: de Argentina nos llega un mensaje doloroso en que Lugones exclama: «En América no hay democracia posible» y «ha sonado, para bien del mundo, la hora de la espada». ¡Como si no estuviésemos bastante escarmentados

de las aristocracias y del militarismo! América no ha podido ser libre por la fuerza equívoca de los militares pasados. Apenas se levantaba un templo al trabajo y a la paz, venían los pumas de charretera, de más allá de la selva, para incendiarlo todo, para quemar nuestros dioses y levantar un altar rojo a la diosa espada. ¡Los pueblos, el día en que dejen las armas para coger el arado, ese día pueden llamarse libres! Napoleón creó el militarismo europeo y ya vemos lo que nos ha costado y lo que nos costará. ¡Todavía las Américas se estremecen por las últimas sacudidas de la Guerra Europea! Porque la preponderancia crea la preponderancia y la fuerza no puede reprimirlo, antes al contrario, lo favorece, y en tratándose de fuerza bruta, la envidia de los muchedumbres, que es instintiva, y por instintiva torpe, hace chocar a los gobiernos, cuando no los gobiernos, mezquinos y criminales, lanzan a los pueblos en las hecatombes bárbaras de las armas. ¡Las bayonetas se van haciendo un símbolo de vergüenza, porque ya no indican más que una cosa: bestialidad! ¡Qué triste es contemplar al derecho al lado de la fuerza, cuando debía ser al contrario! Las revoluciones, ya en el orden filosófico, ya en el político, de todos modos, en el social, no se hacen a cañonazos. Estos no indican más que nuestra desventura y animalidad y no acarrearán más que desastres, para terminar en pactos que no son otra cosa que mitos. Cristo no fué un guerrero. Ni Lutero, ni Sarmiento. Ni lo serán nuestros grandes apóstoles venideros. Las obras de los próceres, que acabarán por unir las fronteras, tienen por base el amor y la cultura. Los militares, o los gobiernos del sable, por regla casi general incultos, tienen un dios: la espada, es decir, un símbolo troglodita. Ella, y no el colectivismo, crea la guerra civil. El colectivismo crea una cosa: el amor, la confianza mutua, la esperanza, la fuerza... La espada es autora de todas nuestras desventuras. No sirve para que nos respeten, sirve para que nos odien. No nos hace prudentes, nos hace bandidos, como a cualquier otro pueblo. No nos sirve de cruz, porque es un arma al fin. Es exterminio y no fuerza vital ni constructiva. Ella creó a tiranuelos de la talla de Manuel José Marroquín, Rafael Reyes, Cipriano Castro, Juan Vicente Gómez, Brieva y Altamirano, etc. Todos estos constituyen o han constituido el culto de la fuerza y cayeron y caerán definitivamente, porque los hombres que tienen la idea de su libertad, difícilmente la abandonan. La tiranía, la plutocracia, la aristocracia (siempre que no sea del

espíritu), la monarquía absoluta: no están identificadas con el momento actual de los pueblos. ¡Vamos «doblado los hombros al peso de los males que redimen» y sabemos que «es ley que las frentes más altas y limpias atraigan sobre sí las piedras que se mueven siempre en las manos débiles o envidiosas». Pero levantaremos la frente y nos dará la mano Dios. Sin ayuda de espadas o de reacciones. Los gobiernos mejores han sido de hombres libres y de civiles. Ejemplo: el gobierno del Lic. Benito Juárez, en México. Y así cabría citar muchos otros, en muchos otros pueblos. Ya vemos: autócratas militares como en Alemania, como en Rusia, como en Austria, cayeron y caerán lo mismo en España y en Italia, pueblos civilizadores que se levantarán un día no lejano. Porque todo cae por su propio peso, según ley física, y las armas pesan demasiado sobre las espaldas de los hombres. Recordemos que «la rivalidad política entre una aristocracia y una democracia» creó, así como la ambición, la caída de Grecia. Recordemos asimismo que a Grecia no la florecieron sus victorias ni sus batallas de Maratón y de Micala sino su juventud libre y desinteresada que «a la sombra de los olivos de Jonia creó el arte, la filosofía, el pensamiento libre, la curiosidad de la investigación, la conciencia de la dignidad humana, todos esos estímulos de Dios que son aún nuestra inspiración y nuestro orgullo». Los muros del Partenón no se estremecieron por un ruido de lanzas sino por la palabra prodigiosa que alcanzó el eco de Platón. Es más. Roma cayó cuando sus espadas sangrientas cansaron a los pueblos dominados. Eran pueblos cultos casi todos. Bajo la férula decrepita de los Césares y de los bufones Tácito, Suetonio, Plinio, etc., se movían los pueblos que despertaban, hombres que renacían y que tendieron las alas del pensamiento hasta donde no habían llegado los latigazos: a las regiones del valor... desde el Océano Germánico hasta la Etiopía y desde las maravillas de Hércules hasta el Mar Caspio; y entonces encontraron, por entre las honduras solares, al cóndor de la libertad. Eso fué todo. De nada sirvió el adelanto económico de las clases privilegiadas que pagaban a los mercenarios; los pueblos se hastían de ganar dinero sobre el cadáver de la libertad: esto pasó también en México cuando la dictadura porfiriana. Se medirá que era otro el momento sociológico; pero los yugos, de cualquier modo, eran yugos y los hombres, de cualquier modo, eran hombres. ¡El dominio de la espada! ¡Qué horror! Regresar a ponernos las cadenas en

los pies con un servil gesto doloroso y cobarde. ¡Allí está España, momificándose y pudriéndose mientras chasquea el látigo de Primo de Rivera! ¡Allí está la juventud española, con el cuerpo atravesado por una bayoneta, y tumefacto, en las trincheras de Marruecos!... ¡Allí está Italia: el pueblo tiene un traje de bufón y canta a los pies del dictador una canción de espanto! ¡Esos son gobiernos de espada! Y aún más ¿qué decimos de Venezuela? No olvidemos que «sobre cimientos de cadáveres recientes y de ruinas humeantes, no se levantan edificios de cordialidad y de paz».

Que no se diga «la hilacha comunista y retórica del apostolado de Moscú»; que no se diga «nuestro excelente equipo burgués». Toda la carga de dolor de América, que es mucha apenas alcanza la magnitud de la idea de Lenin. ¿Que la equivocaron, que la torcieron, que la defraudaron? Qué importa, ya el pueblo comprenderá. El tiempo nos dice siempre la verdad. Después de haber conocido almas bellas y grandes como Renán, Bolívar, Sarmiento, Martí, Hidalgo; después de contemplar la antorcha que pasean por el Continente Rodó, Vasconcelos, Francisco García Calderón, Gabriela, es injusto no pensar en la causa de los pobres. ¡Humanidad, más humanidad, americanos! Nivelaremos la balanza social, pero no con la espada: la haría oscilar y desviarse. ¡Amor!, más amor y más piedad, que eso es el Socialismo y no un hombre barbado, andrajoso y con una bomba de dinamita en la mano. ¿Que no tendremos democracia posible? Absurdo. Libertad y democracia son una, pero tienen por base la cultura; de lo contrario caeríamos en el libertinaje o en el servilismo. Habremos de desalfabetizar a las chusmas, esa es la gran obra de Vasconcelos. No tratemos de estupidizarlas más. Entonces seremos libres y justos. Entonces ya no cambiaremos diatribas sino ideas, y desde el Río Bravo hasta la Tierra del Fuego, extenderemos nuestras manos llenas de bondad y con el porvenir entre los labios; entonces «por nuestra Raza hablará el espíritu». Mientras, hay que ir repitiendo que «las piedras del odio, a poco de estar al sol, hieden y se desmoronan, como masas de fango». Y hay que aprender esa otra gran verdad del cubano libertador: «En un país de pensamiento sólo por las sorpresas de la guerra puede subir un hombre inculto al poder».

BALTASAR DROMUNDO

México a 27 de enero de 1926.

San Miguel, 113.
México, D. F. México.

Protestan los estudiantes latino-americanos contra el déspota del Perú

ASOCIACIÓN GENERAL
DE ESTUDIANTES
LATINO-AMERICANOS
PARÍS
55 QUAI DE LA TOURNELLE

París, 5 de enero de 1926.

Al señor Director del
REPERTORIO AMERICANO

Estimado compañero:

Envío a Ud. copia de la nota que el Presidente del Perú dirige a nuestra Asociación en respuesta a una comunicación que le pasáramos con fecha 10 de octubre, de la cual Ud. ya tuvo conocimiento en su oportunidad.

Como Ud. comprenderá la Asociación General de Estudiantes Latino-Americanos no puede hacer ningún comentario a la nota del señor Leguía. Sería inútil. Ella se juzga sobradamente a sí misma, y da idea acabada del tirano y del sirviente que por él firma.

Ruego a Ud. dé a este asunto la mayor publicidad y nos trasmita todo lo que a él se refiera.

Fraternalmente,

C. QUIJANO

París, 10 de octubre de 1925.

Señor Presidente
de la República del Perú.

Lima.

Señor Presidente:

Cúmpleme manifestarle que la Comisión Directiva de la Asociación General de Estudiantes Latino-Americanos en París, en su sesión del 30 de Setiembre ppdo., en conocimiento de los nuevos atentados co-

metidos contra nuestros camaradas peruanos resolvió:

«La Asociación General de Estudiantes Latino-Americanos, cree de su deber protestar contra el gobierno tiránico de Augusto B. Leguía, que es una afrenta a América y a la civilización.

»Envía, al mismo tiempo, la expresión de su simpatía a los universitarios encarcelados o desterrados por el tirano y señala a la atención de todas las juventudes del continente, la prisión del camarada Velazco Aragón, Presidente de la Asociación Universitaria del Cuzco, confinado en la actualidad en la isla de San Lorenzo».

SECRETARÍA DEL PRESIDENTE
DE LA REPÚBLICA
(Un sello)
PERÚ

Lima, 19 de noviembre de 1925.

Señor Secretario de la
Asociación General de Estudiantes
Latino Americanos.

Muy señor mío:

Devuelvo a Ud. su comunicación del 5 de octubre, en que me trasmite un voto de su Asociación, emitido en contra del Presidente del Perú.

Mi oficina no recibe ni guarda documentos como el de Ud. en donde la dignidad humana aparece tan rebajada por la mentira y la calumnia.

Es deshonesto para un hombre libre hacerse eco de las pasiones y de los odios ajenos. Yo compadezco a usted por haber estampado su firma en un papel que denigra la figura histórica del Presidente Leguía, cuya

personalidad sólo pueden odiar los esclavos que maldicen a sus libertadores, a los enucos que tienen horror a la masculinidad.

Estudien primero Ud. y sus colegas el medio sudamericano; estudien los problemas políticos de nuestro país reconociendo sus excelencias y defectos, y después juzguen a sus hombres y a sus gobiernos y no como ahora lo hacen, por lo que han oído decir o por la sugestión que ejerce una idea abstracta de la democracia que proclaman retóricos en derrota pero que es difícil de realizar en la realidad y en la acción.

En el Perú no hay tiranías, no hay tiranos, no hay un pueblo esclavo y por consiguiente están demás supuestos libertadores como Uds. verdaderos comediantes en el gran escenario de la vida, que en vez de predicar un credo de redención predicar una cruzada de odio.

Y después de estudiar, haciendo una labor seria de investigación y de crítica, procedan como hombres imparciales y no como brutos que tiran coces por el placer de patear como las bestias.

¡Y qué triste estar en París, en el seno de la ciudad ideal, en donde la violencia primitiva y el odio jacobino se resuelven en fraternidad humana y en serena sagacidad, y proceder apenas como cualquier tipo de las más bajas clasificaciones zoológicas.

Dios guarde a usted.

El Secretario del Presidente de la República
(Firmado)

LUIS ERNESTO DENEGRI

Noticia.—En asamblea, el Centro de Estudiantes Universitarios de Perú, en 1916, quitó al Sr. Denegr la Presidencia del mismo, por considerarlo traidor a la causa de la huelga universitaria del año citado.

El Consultor Bibliográfico

Director: J. C. Del Giudice

Colaboración original de los más prestigiosos escritores de la Península y de América. Extractos de los mejores libros. Noticias, vida literaria, bibliografía mensual clasificada.

100 páginas de texto cada mes por 5 pesetas al año.

Administración: Muntaner 328. Barcelona. (España).

LA COLOMBIANA

Francisco A. Gómez Z.

Ofrece a sus clientes y al público en general un surtido de casimires en gabardinas.

Cuenta con buenos operarios para la confección de sus trajes.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Avenida Central

Frente a la tienda Kepfer.

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga

Cervecería TRAUBE

se refiere a una em-
singular en Costa
experiencia la colo-

ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVEZERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA
ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Los griegos sutiles van a Roma

=Diario del Salvador, San Salvador.=

PERIODISTAS hispanoamericanos se reunirán en Washington dentro de pocos días y esta peregrinación en masa de los directores de la opinión pública nos hace recordar, aunque los peregrinos no tengan mucho de la elegante dialéctica y el prestigio ático, la afluencia de los griegos sutiles a la capital de hierro del latinismo triunfante.

El latinismo, en aquellos días de la fuerza de Roma, no era aun latinismo. Por haber pasado en alto este punto cometió una de sus ligerezas José Vasconcelos: Reneguemos del latinismo. En los días fuertes de Roma no había latinismo, sino romanismo. Aquella Roma representaba la fuerza, la legislación fría, la ley, el trabajo sin miras espirituales, la eficiencia, lo útil. La historia romana era la misma del israelita antes que viniese a poner sobre ella su baño de suprema armonía la palabra del galileo. Pero aquella Roma era el peldaño por el cual el linaje humano subiría, muchos siglos después, a la cumbre luminosa de la Italia del Renacimiento, al latinismo.

Por la fuerza, por la eficiencia, por el tamaño, por la pureza en la práctica Republicana, por la devoción al éxito, el pueblo norteamericano se parece al romano y nosotros, los de habla hispana del sur, muy verbales y hábiles para tejer sutilezas con la palabra y las ideas, vamos allá a darnos cuenta de algo que debemos saber. Si un multimillonario hispano se diese cuenta de lo que el Congreso de Periodistas en Washington puede significar para el porvenir de América, ya costearía el pasaje y los gastos de viaje de todos los periodistas hispanoamericanos, y hasta la permanencia temporal de todos ellos en la tierra de Roosevelt.

La propaganda contra Estados Unidos que cunde en Hispanoamérica, casi toda ella de prosapia bolshevista en estos días, nos hace el mal de no dejarnos ver claro y festinar nuestros propósitos con el recelo, la repulsión y hasta el odio. No hay causa peor para la paz del mundo, no hay bandera más negra levantada sobre las esperanzas de paz y justicia de la tierra empeñada que ésta ahora en sembrar odio entre los dos grandes grupos raciales de América, grupos destinados, por señal del destino, a juntarse para la realización definitiva de la democracia universal.

Si periodistas hispanoamericanos van a Washington—de aquellos que nunca fueron y que no hacen más que atizar odio y desconfianza—harán bien, por la causa de la paz en el

continente, en estudiar los rasgos de vida, los ideales y las tendencias que trabajan actualmente en el modelamiento del pueblo norteamericano. No vayan tampoco de paso, festinadamente, ni intenten arribar al alma nacional en los salones de boxeo o en los salones de billar.

Vayan los periodistas a las escuelas públicas y conozcan de paso que la escuela superior está al alcance del pueblo; que pequeñas villas y casi aldeas tienen servicios de educación pública completos y que es debido a esa escuela superior barata, al alcance de todos, que en los Estados Unidos la profesion de criado y peón no es hereditaria y que el más pobre hijo del inmigrante portugués, italiano o sirio, ruso o griego, tiene a la mano, si es de los llamados, el medio de alcanzar el predominio de la cultura y del poder.

Vayan a las Universidades y vean de paso que el muchacho universitario allá tiende a ser un caballero, limpio en los modales, capaz de agradecer a sus semejantes y, tanto como el talento lo permite, un escolar y un atleta. Vean allí los millares de mujeres jóvenes, invitadas cordialmente a la cultura. Y sepan que un gran porcentaje de esos estudiantes se hacen la vida trabajando por sus propias manos.

Vean en las iglesias como el número de mujeres no es superior al número de hombres devotos. En los templos protestantes y católicos allá la oración no está encomendada sólo a la mujer.

Lean el *Congresional Record* y miren cómo Senadores y Diputados cumplen su cometido y encarcelan Ministros que han quebrantado la ley y nulifican contratos que lesionan el público interés.

Estudien y tráiganse una historia del acta de Sherman contra los trust que hoy empieza a llegar a la Argentina—y analicen cómo el Estado controla y regula las sociedades anónimas.

Asistan a las elecciones de autoridades de toda clase, y no verán riñas ni oírán disparos de revólver, y adviertan que, si es una minoría hábil la que rige el problema, nunca sube al poder un hombre sin cultura.

Miren de paso cómo se organiza el servicio postal, el gobierno municipal, las empresas de transporte, los órganos de la estadística. Vayan a las uniones obreras, a las cámaras de comercio, a las convenciones políticas. Tomen una suscripción anual de *Wall Street Journal* o *The Na-*

tion Business, Atlantic Monthly o *Good Housekeeping*.

Revisen la labor de los Bancos, de las Bolsas. Visiten las fábricas. Vayan también a los salones de billar y de boxeo.

Anoten las sumas de los Clearing Houses, del Presupuesto Federal, de las exportaciones y las importaciones. Lean algo del impuesto sobre la renta.

No olviden a los políticos inmorales y las bandas de sospechosos que se apoderan del gobierno local para personal beneficio.

Vayan a California a ver cómo y porqué se repela al asiático. Vayan también allí para oír el nombre de mil ciudades españolas sepultadas bajo el aluvión de la conquista. No olviden de ver cómo viven los negros en Luisiana y en las Carolinas.

Lean algo acerca de los divorcios, la ley seca, el alcohol de madera, los juegos prohibidos y la ausencia de casas de tolerancia. Algo de la ley Mann acerca de la trata de blancas y sus manifestaciones. De la silla eléctrica y de la horca.

Miren cuántas cuentas de ahorro de gentes trabajadoras hay y cuántos seguros de vida y de accidentes.

Conozcan algo del tiraje de *The New York Times, The World, The Chicago Tribune, The Los Angeles Examiner*. Miren cómo allí los periodistas ya no escriben sólo por amor al arte.

Hagan, en fin, lo que puedan hacer por darse cuenta de lo malo, lo bueno, lo posible y enorme del pueblo estadounidense y comparen y prevean, que ese pueblo con tanto dinero y con tantos millones de muchachos con cultura de escuela superior y universidad, va a desbordarse alguna vez, hacia algún punto, y que es hora de ver cómo ese desborde se hace con suavidad y simpatía, revistiendo la bondadosa perspectiva de la fuerza creadora y no la trágica del alud.

Esta es la hora propicia para la previsión salvadora, el momento oportuno para sembrar semilla de concordia y hacer que en el futuro los dos grandes pueblos—el anglo-sajón y el hispano—se unan en abrazo fraternal, en el seno de una cooperación sin opresión ni egoísmo, para convertir la América en la legítima directora del mundo.

N. VIERA ALTAMIRANO

San Salvador, El Salvador.

Revista de Oriente

Organo de la Asociación Amigos de Rusia
\$ 0.10 el ejemplar.

Subscripción anual \$ 1.00 oro.

Sarmiento 1266. Buenos Aires

Canción de la rosa entreabierta

Ya el rosal está de fiesta,
pues la rosa se entreabrió.
Tendrá rosas la floresta,
pero como ésta
no.

Rosa de blancuras finas,
como entre todas culminas
los colibríes te ven...
¡Pero qué bien los espinas!
¡qué bien!
Dame tus espinas buenas,
pues quiero punzarme apenas
yo también.

Tu blancor estelar
se levanta
—como en un altar—
en el día luciente.
Tú eres simplemente
la Rosa:
yo la mariposa
que canta.

Las rosas
gloriosas
en que antes
brillaron diamantes
triumfantes
duraron un mes;
pero las postreras
serán las hermosas
en las primaveras
y en las mariposas
de antes y después!

Tu frescura
¡oh Rosa!
qué cosa tan pura
y tan deliciosa!
pues con sólo verla
sufren de hermosura
la piedra preciosa,
la rosa
y la perla!

Tu blancura rara
entre la neblina
apenas se inclina
para
que amanezca
más fresca
y más clara...

Tu fragancia de hoy
al rosal lo vuelve loco de alegría.
¿Y yo qué te doy?
Pues yo te daría
lo que soy
al viento:
una mariposa
llena de contento.
Y así empezaría
mi cuento
de milagrería,
como quien no quiere una cosa:
«Un día,
en el viento,
me dijo una rosa...»

El rosal está en fiesta;
y el rocío y el polen nos dicen que ya
amaneció...
¡Otra rosa tendrá la floresta,
pero como ésta
no!

RAFAEL HELIODORO VALLE

México, D. F.,
10 Mayo. 1925.
Reforma, 25 México, D. F. México.

Cultura de ideales.

El mejor de los propósitos

SE dice que debemos vivir siempre alegres y mirar con ánimo sereno las circunstancias que rodean la vida. Pero el hombre, que juzga la vida con criterio movedizo, vive atormentado y por consiguiente siempre está triste.

Son tan pocos los momentos de sana alegría que vive, que en realidad no compensan el desgaste que motiva el diario sufrimiento. Pronto se van del mundo, y bajan los hombres a la tumba poseídos de tristeza, cuando no de terror. Pero dichosamente la idea de vivir alegres va abriéndose paso, y hoy día hay hombres que viven exentos de tristeza. Suponer que estos hombres han recibido el don de la Alegría por una gracia especial es injusto. Son ellos mismos sus propios autores, los que después de cultivar la tranquilidad de ánimo, y la ecuanimidad en los distintos momentos de su vida, han podido alcanzar la austeridad de la mente. Por lo tanto, el dominio de los pensamientos que por costumbre nos asedian será el mejor factor para conseguir la Alegría.

Se hace asimismo indispensable tener Fe y Certeza, estas dos grandes virtudes que hacen del hombre un dios.

La Fe ha sido siempre la salvación del hombre, y es por esto que ha sido escrito «*que la fe de cada hombre se adapta a su verdadero carácter. Cada cual está constituido según su propia fe; tal la fe, tal el hombre*». Y, esta verdad, que puede renovarnos, fué enunciada hace ya miles de años, y ha sido la clave para muchos hombres que viven llenos de Alegría.

Hacia la obtención de tan dichoso estado se llega también por el convencimiento de que no existe la destrucción. En el universo todo vive. Un átomo que dejara de vibrar produciría toda una conflagración; y el Hombre, que es un Centro de Vida, de Conciencia, no puede ser destruido.

Dada la idea de esta teoría, el asunto se convierte en religioso y entonces, el hombre que lo es verdaderamente, se muestra siempre jovial, risueño.

«El hombre sin odio a ninguno de los seres vivientes, benévolo y compasivo, exento de afecciones, intereses y egoísmos, indiferente en medio del placer y del dolor, paciente en las ofensas, contento con su suerte, constantemente armonizado, este hombre es digno de *Mi afecto!*» Tal es la regla de conducta religiosa que siguen muchos hombres.

Cuando se conocen los procesos de evolución que anima lo mismo a los átomos que a los soles, cuando se conoce que la Vida es una bendición, cuando se posee la certeza de que somos una Realidad en este mundo de apariencias, y cuando además se comprende que el Yo real es «*no sólo existente, sino que está en contacto con todo lo demás que es real, y que las raíces de la existencia están arraigadas en el Absoluto mismo*» se posee la clave para vivir alegres.

Conseguida la Alegría, los actos de la vida se desarrollan dentro de un plan de armonía, que será el mejor indicio de un positivo adelanto.

Siempre y en todas las circunstancias debemos estar alegres. La tristeza, como la cólera, son formas de locura.

La tristeza lleva a los hombres al abismo de la desesperación, que enferma y deprime; y la cólera obra como caústico, agota y desequilibra.

Los hombres que han sido santos y sabios han vivido alegres. Han caminado erguidos y afirmando su *Divino Origen*.

Cuando a las diferentes circunstancias de la vida se logre adaptar toda la Alegría necesaria como único objeto de una misión que llenar en este mundo, entonces el velo que al Hombre llenaba de sombras, se trocará en el más bello arco iris de Alegría y de Paz.

JORGE CARDONA

San José de Costa Rica.

Informaciones Sociales

Organo en español de la Oficina
Internacional del Trabajo de Ginebra

Artículos de los escritores más eminentes. Noticias sobre el movimiento social en el mundo entero. Estadísticas comparativas respecto al precio de la vida y al tipo de los salarios en las principales capitales de Europa y América.

Se publica mensualmente

Precio de suscripción: 20 pesetas anuales
Número suelto: 2 pesetas.

Dirijase la correspondencia de redacción y administración a:

A. FABRA RIBAS, Apartado 3032, Madrid.
Dirección telegráfica: INTERLAB, Madrid.

Literaturas exóticas.

Ladislao Estanislao Reymont



LA madrugada del día 6 de Diciembre último, murió en Varsovia, Ladislao Reymont, premio Nobel de 1924; murió en pleno invierno, cuando apenas se presiente en las noches congeladas la lumbre fugaz de una estrella vagabunda.

Vagabunda fué su vida y vagabundo fué su corazón, corazón de saltimbanqui, que deshojó, como se deshoja una flor, en tablados de miserables barracas y en viejos teatruchos de las humildes aldeas de Polonia.

Ladislao-Estanislao Reymont, nació el 6 de mayo de 1868, en Kobiabile Wielkie, provincia de Poitrkow; pertenece a esa generación que surgió después de los dolorosos acontecimientos de 1863, y que formó el grupo que más gloria literaria ha dado a Polonia, por su espíritu renovador; grupo que está avalorado con los nombres de Kasprowicz y de Estéfano Zeromski, que también acaba de morir, en una vivienda de Zamek, antiguo castillo de los Reyes de Polonia; Zeromski, tiene tanta importancia en la literatura polaca, como Reymont; la prueba es que en 1924, fué propuesto a la Academia Sueca para el premio Nobel, al mismo tiempo que su compatriota; pero a pesar de todo, más original, más independiente, más reflexivo, más optimista y más viril es Ladislao Reymont, y es el que ha escrito la verdadera epopeya de los campesinos. Ningún escritor, como Reymont, ha conocido el alma de los labriegos de su país.

La vida de Ladislao Reymont, es una vida de leyenda; muy joven dejó la casa paterna y, ávido de emociones se enroló en una comparsa de cómicos trashumantes; así fué de pueblo en pueblo arrastrando su vida llena de miserias, llena de dolores, llena de privaciones, pero fundiéndose en todo lo que existe, sin lograr nunca dejar de ser un comediante mediocre. Con el alma fatigada, un día tornó a la vida quieta y fué a refugiarse al rincón de una Empresa de Ferrocarriles; pero la vida reía a lo lejos, la vida le hacía señas como una coqueta ebria y entonces volvió como un hijo pródigo a los tablados multicolores. Todo inútil, ya no era lo mismo; y otra vez a las horas grises, a las horas interminables de una oficina.

En 1895 publicó sus *Peregrinaciones a Nuestra Señora de Yasna Gora*, montaña sagrada, donde existe el monasterio más antiguo de Polonia.

Federico Lefevre, cuenta en *Les Nouvelles Litteraires* de París, que: Paul Casin, se había quedado asombrado por el carácter casi geográfico de la descripción de los países atravesados por Reymont.

En 1896, ilusionado por el éxito de *Yasna Gora*, Reymont publica *La Comedianta*, relatando la historia de una melancólica farándula: Yanka Orlowaska, hija de un modesto jefe de estación, no puede soportar más la tiranía de su padre, maniático formidable, y desesperada abandona el hogar, enganchándose en un pequeño teatro de provincia. Durante algunos meses vive en una zahurda estrecha y sucia donde es despojada de todo cuanto tiene por sus camaradas sin conciencia; pierde su dinero, sus ilusiones artísticas y finalmente se entrega al más bellaco de toda la comparsa. Yanka, decepcionada y triste, pretende suicidarse en la lobrete de un aposento; pero afortunadamente no muere; el autor la guarda para contarnos después la suerte que ha corrido en *Los Fermentos*. Esta vez la acción se desarrolla haciendo Reymont múltiples descripciones de la naturaleza, de los trabajadores del campo, y de los pequeños empleados de Ferrocarril. Yanka, vuelve a la casa de su padre y después de algunos años se casa con un palurdo que la adora y que le dice tiernamente: «yo te perdono todo».

Con *La Comedianta* crece la popularidad del cómico fracasado y después escribe *La Tierra Prometida*, que según anota Lefevre, cuando quiso publicar Reymont esta novela, los fabricantes alemanes trataron de impedir su aparición, y no pudiendo lograrlo hicieron presión sobre la censura, la que tachó no menos de cuatro mil líneas. *La Tierra Prometida* es un libro donde estudia muy a fondo la vida social y las costumbres de Lodz, que es uno de los centros industriales más importantes de Polonia.

Publica cuentos y novelas históricas, y, en 1902, aparece el primer tomo de *Los Campesinos* que publicó en cuatro estaciones, como Valle Inclán sus cuatro *Sonatas*, su obra maestra que ha sido traducida a casi todos los idiomas, y que le valió el premio Nobel de 1924.

Mi compatriota Carlos Pereyra, en colaboración de M. Bielski, antes que en la Academia Sueca se señalara a Reymont, ya habían traducido al español una parte—muy incompleta—de *Los Campesinos*, con el nombre de *El Casamiento de Maciej Boryna*, versión que como indica Diez-Canedo,

es poco más que el esqueleto de la novela, la acción central, el drama de los personajes.

Los Campesinos—dice Mme Marya Kasterska, que en unión de Jean Lorentowicz, son los exégetas de Reymont—no es solamente una novela, es más todavía, es un pulido fresco hecho por un maestro que supo reunir con el arte los colores más violentos con los matices más dulces y melancólicos. *Los Campesinos* de Reymont, son toda la campiña polaca, son los hombres de abajo con sus defectos y sus virtudes, sus durezas, sus brutalidades, y, al mismo tiempo, con su piedad infinita, con su bondad espontánea y con su nobleza de alma, a veces un poco inconciente; es la historia de una familia campesina, la familia de Boryna, donde el padre, viejo rico pero lleno de fuerzas todavía, se casa en segundas nupcias con Agnés, primorosa muchacha del pueblo, de la cual el propio hijo del viejo, Antonio, está enamorado apasionadamente. Antonio está casado con Ana, una ruda y honrada labriega, carente de la belleza que vuelve irresistible a la joven Agnés. Una tremenda fatalidad parece envolver a la familia Boryna. Antonio y Agnés, dos espíritus relampagueantes y apasionados, no podrán encontrarse largo tiempo impunemente. Lo irreparable. El viejo Boryna, enfermo y cuidado solícitamente por la leve y paciente Ana, muere de dolor. Antonio vuelve a su esposa, triste, quebrantado, pero sumiso a su deber. Agnés cae muy abajo y se va del pueblo.

Esta historia, que no es otra que la de Fedra, está enmarcada en las cuatro estaciones del año: en el otoño, en la primavera, en el invierno y en el estío, estaciones que están llenas de una frescura indecible y de una belleza cautivante.

Gracias también a Marya Kasterska, sabemos ahora del último libro publicado por Reymont: *La Revuelta*.

En esta novela, que se parece un poco al *Roman de Renard*, hace pensar en el mundo de los animales de La Fontaine: los animales han reemplazado a las gentes. Un magnífico perro que tiene el simbólico nombre de Rex, ha sido en otro tiempo el favorito de su amo, pero desgraciadamente el amo ha muerto y la mujer y los hijos maltratan al perro injustamente hasta querer matarlo. Rex se va al bosque, y ahí, al contacto de los lobos sanguinarios y feroces, germina en su espíritu la idea de revolución. Los lobos se conforman con matar y devorar su presa. Rex, más noble, quiere más, desea más, anhela la libertad de todos los animales, quiere suprimir la esclavitud y vencer

al hombre. Poco a poco los habitantes del bosque se sublevaron y declararon la guerra y al fin de una sangrienta acometida, vencen los animales. Rex ve descuartizar a un pobre hombre herido y moribundo. Algo como un remordimiento despierta en el corazón de Rex, pero el lobo se burla de él socarronamente. Hay muchos heridos y hay muchos hombres que se mueren. Rex piensa que le es imposible salvarlos a todos. Un enemigo es un enemigo y es necesario terminar con él. Rex asqueado se aleja para no contemplar la degollación. En el fondo del bosque Rex se encuentra con un hombre que hacía tiempo vivía vida común con los animales, era un huérfano infeliz cubierto de harapos y lleno de hambre y piadoso, invita a Rex que vuelva con los hombres que tal vez le perdonarán. Rex, reflexiona, titubea, pero ve que ha ido muy lejos y que es imposible retroceder; él ha sembrado la idea de revolución en todos los animales, les prometió darles libertad y ahora ¿cómo es posible que les abandone?

Ladislao Estanislao Reymont dotó a las letras polacas y al mundo entero de verdaderas obras maestras; intérprete perfecto de la naturaleza y de la vida, exprimió en sus libros, como se exprimen las uvas entre las manos, todas sus emociones percibidas por sus sentidos magníficos y su alma infinitamente apasionada.

Reymont, siguió al pie de la letra su propio decir, como un divino precepto: «fundirse en todo cuanto existe».

GUILLERMO JIMÉNEZ

En México, enero de 1926.

Bucareli 115
México. D. F.
México.

El buque sumergido

A JULIÁN MARCHENA

Entre esplendentes corales rojos
bajo las verdes aguas del mar,
ha ya diez años que inmóvil yace
el buque, en una solemne paz.

Fosforescentes monstruos lo habitan,
los peces ciegos juegan entre él;
y en el cordaje que zumbó al viento
las algas tejen tupida red.

El mástil roto, la prora abierta,
varios despojos sobre cubierta,
una hacha, un cable, todavía están...

Y sobre el puente ya carcomido
como velando, yace, en olvido
el cráneo roto del capitán.

CARLOS LUIS SÁENZ

San José de Costa Rica,
Noviembre 20. 1925.

Transmigración

RENTE con frente de mi puerta, en una casuca alegre hasta cierto punto en razón del rosal en flor que decora la ventana y del sol tempranero que la baña, un hábil constructor de instrumentos musicales ha venido a instalarse con su taller. Es un diminuto taller de una suerte de ebanistería que de cuando en cuando lanza al mercado alguna guitarra de acento profundo que dijérase brotado de la entraña de la tierra a la que, con raíz honda, estuviera adherido el árbol misterioso cuyo corazón enlaza ahora con acento tremulante, alegrías y nostalgias en románticas serenatas a la luz burlona de la luna, al abrigo de alguna ventana, si nó en el perdido recodo de algún camino solitario. O bien una viola en cuyas cuerdas las escalas gimen con el lamento de las gotas de agua cuando cantan en el interior de una cántara a medio llenar. O un violonchelo cuya pulida caja es ánfora desbordante del dolor que ríe o llora. O el cuerpo fino, delicado y nítido de un violín...

Para el hábil operario esto último constituye una especialidad. Investiga por espacio de meses seguidos; escrudina con minuciosidad en un sentido y en otro, inquiere aquí y después más allá, por todas partes, sin desesperar ni un momento. Y no emprende la obra hasta sentirse completamente satisfecho del material escogido: es un macizo fragmento de madera vieja y seca, seca del todo. Ha sido extraído de cualquier rincón de cosas abandonadas, del desván, de debajo del piso, del estercolero, de cualquier parte. Un trozo de madera seca es cuanto necesita nuestro fabricante. Al hallazgo sigue un efusivo abrazo al madero informe, cual si fuera la calurosa bienvenida al amigo ausente por tanto tiempo esperado; la palpa con sus manos pequeñas, belludas y llenas; sonríe primero con una sonrisa de pupilas de color de turquesa de la cual no tarda en contagiarse el fino labio de aquella cara redonda, bondadosa y cordial. Viene después la faena. Nadie en nuestro barrio vuelve a saber del operario en mucho tiempo: es que el gusano se ha encarcelado en su cámara y le está preparando alas al ensueño para que pueda volar hasta perderse en un remoto azul; o la abeja que ha descendido a su celda provista de los materiales propicios a la elaboración de una miel que ya gustará el corazón. Al fin un día de tantos un aire alegre emerge de la casuca de enfrente rimando su ascenso con el de la primera espiga de humo amigo que al salir el sol se desprende del techo humilde. Es la

mariposa que ya vuela al encuentro del sol, es la abeja victoriosa que susurra en el espacio. Es también la alegría, es el dolor...

¿Mas en qué remoto rincón encontró el buen vecino el trozo feliz que había de servirle para tallar esa caja prodigiosa que cuando solloza no parece sino que fuera creatura de Nuestro Señor?

De la vieja casa lo tomó, de la otra, de la antigua casa en ruinas en donde el violín fué por mucho tiempo rudo alféizar de una ventana que miraba al sol tempranero protegida por madreselvas y jazmines.

Sin duda dos corazones en una noche como esta se contemplaron por entre la abierta ventana mudos de emoción y lágrimas amorosas no enjugadas rodaron hasta el alféizar. Piadosa y discreta la madera absorbió aquel llanto que esta noche devuelve a los hombres en una melodía tierna que sale al encuentro del primer rayo de luna, que traspone temblando el umbral.

RUBÉN COTO

San José, Costa Rica, 1926.

Revista Jurídica y de Ciencias Sociales

Aparece bimestralmente

Director:

V. E. MARQUEZ BELLO

La revista se reparte gratis a los señores socios del Centro

La revista admite canje con publicaciones de la misma índole.

Suscríbese y tendrá a mano múltiples elementos de estudio e investigación sobre los problemas jurídicos y sociales de mayor actualidad, al propio tiempo que mantendrá su contacto con la vida universitaria y con el desenvolvimiento de la cultura contemporánea.

Suscripción por año (R. A.).. \$ m/n 10.

» » » (exterior) o/s 5.

Número suelto..... m/n 2.

Avisos en la Guía Profesional,
por número..... » 3.

Avisos en la Guía Profesional,
por año..... » 15.

Avisos en la Guía Profesional,
y suscripción anual..... » 20.

Otros avisos..... (Convencional)

Los pedidos de suscripción, avisos, etc., como la remisión de su correspondiente importe adelantado, debe hacerse a nombre del Administrador: LUIS A OLMOS.

Redacción y Administración, Balcarce 167, Buenos Aires. República Argentina.

Alfar
Mensuario

Director: JULIO J. CASAL

Cantón Pequeño, 23. La Coruña, España.

La tristeza de Nausicaa

=(Al margen de la *Odisea*.
Imitando a LEMAITRE).=

Escrito en 1914 para María Teresa Obregón, hoy señora de Dengo

LA nave que llevaba a Ulises, el héroe troyano, a su patria, al primer golpe de los remos se alejó de la costa de la isla Esqueria.

Nausicaa, la hija del rey Alcino, sintió entonces en su alma un dolor infinito. Tenía los ojos llenos de lágrimas y por eso le parecía que un hilo de luz unía su mirada con la rápida embarcación. Mientras pudo distinguir al hermoso extranjero, sus labios sonrieron a pesar de tener los ojos humedecidos; pero cuando la nave se alejó tanto que las velas se confundieron con los copos de espuma que se agitaban sobre las olas, dejó de sonreír. Y cuando las velas desaparecieron bajo la línea del horizonte, las lágrimas bajaron lentas y desoladas por sus mejillas.

Desde ese día la alegría huyó del corazón de Nausicaa. Su risa juguetona, que iba siempre a través de las vastas habitaciones con el gozo con que saltan los corderillos recién nacidos por las praderas, no se oyó más; y el amor siempre en vela de la reina Aretea se inquietó por este silencio y quiso saber la causa, mas la doncella no respondió al cariñoso reclamo.

Ya no departía amablemente cual solía, con su madre y sus esclavas a la hora del trabajo. Ahora permanecía silenciosa largos ratos y dejaba ir y venir su lanzadera en tanto que su pensamiento estaba puesto en el forastero encontrado a las orillas del río, la mañana aquella en que fué con sus esclavas a lavar las reales vestiduras; en el extranjero cuyos cabellos eran semejantes a las flores del jacinto.

Las esclavas comentaban entre sí:—¿Qué tendrá la hija de nuestro rey Alcino? Sus mejillas están pálidas y a menudo suspira. No ha muchos días era otra cosa, ¿recordáis? Mientras el huso bailaba en sus manos, la risa bailaba en su boca.

Una dijo:

—Muchas veces la reina Aretea puso la cara seria porque el montón de lana no disminuía en las manos de su hija... Ni las historias de la nodriza la sacan de su tristeza. Antes, apenas Eurimedusa principiaba a contar una, estaba ella a sus pies con la boca abierta escuchando. Ayer en vano refirió sus historias más llenas de maravillas... La princesa ni siquiera levantó su rostro.

La esclava Eurimedusa, la nodriza de Nausicaa, era la más triste e intrigada de todas. Ya sus historias, en efecto, no provocaban ni risas ni comentarios en su amada princesa... que ni siquiera las escuchaba. Varias noches al arroparla en el lecho, Nausicaa había dejado caer la cabeza en el seno que la amamantara de pequeña, y llorado como lloran los que no tienen esperanzas.

Un día la princesa volvió a pedir a su padre que mandara uncir el carro para ir

a lavar con sus esclavas las reales vestiduras. Los caballos extrañaron las manos que los guiaban: no eran las mismas que en otras mañanitas los llevaran estremecidas de juventud y alegría e hicieran restallar el látigo cerca de sus orejas: eran ahora unas manos débiles y laxas. En vano la brisa que sopla con la aurora, llamó las rosas de sus mejillas: ya no podía alterar la palidez que las invadiera el día en que las velas del barco que llevaba a Ulises a su país, se hundieron en el horizonte. Una vez en el río, ella comenzó a sumergir las ropas en las aguas; no tenía fuerzas para sacarlas ni para retorcerlas. Las dejó en manos de sus esclavas y se fué a vagar por las riberas en que encontró por vez primera a aquel hombre incomparable. ¡Cuánto le hubiera gustado llorar con su cabeza apoyada en el amplio pecho del héroe y sentir su barba negra y sedosa acariciarle la frente!

La hija de Dimante, tan amada de Nausicaa, le habló así:

—¿Qué tienes, Nausicaa, que tan descolorida estás y tan apenada pareces? Bien se ve que sufres. ¿Qué te falta, Nausicaa? Sólo amor hay en derredor tuyo para ti. Háblame, que me apena mirarte de esta suerte.

—Oye, amiga: en mi cuerpo no hay dolor alguno... en el pensamiento sí... Pero te pido no repitas lo que voy a decirte, porque se murmuraría de la hija de Alcino y mi padre, mi madre y mis hermanos tendrían un gran dolor sin poder remediar nada: deseo volver a contemplar al hermoso extranjero que hallé en las orillas del río, cuyos cabellos hacen pensar en la flores del jacinto y del cual nuestro aeda Demodoco canta hazañas tan admirables. Quisiera también que me estrechara entre sus brazos y me besara el rostro... Mas calla, amiga mía muy querida; no me arrepiento yo nunca de haberte enseñado mis pensamientos.

La hija de Dimante se alejó entristecida.

* * *

Por la isla Esqueria había pasado más de un aeda famoso, quien al partir hizo de Nausicaa un delicado tema para sus cantos. Así, la belleza casta y suave de la hija de Alcino andaba por lejanas tierras, envuelta en la música de las cítaras.

No fué entonces de extrañar que a más de la multitud de pretendientes feacios a la mano de la princesa, vinieran otros de lejanos países y de las islas vecinas.

Llegaron mancebos hasta de la Eubea: de esa isla vino Estracio, lo mismo que un dios, hermoso, y a quien nadie había vencido en la lucha. Era hijo de un héroe famoso y poseía inmensas tierras productoras del trigo, la cebada, la avena y el loto más buscados por los comerciantes de granos. También Pisistrato, el más joven de los

hijos de Néstor, llegó deseoso de desposar a la doncella de gentil presencia. De Calcis salió Clito, amable a los ojos de Atenea por su habilidad en la fabricación de armas. De la Tesalia acudió Diocleo, hijo de poderoso señor: suyos eran los rebaños de caballos más hermosos del país. Sus caballos negros de luciente piel y ojos que brillaban entre la oscuridad del pelo como las estrellas en la negrura de la noche, eran celebrados aun en países allende el mar. Aliterse, a quien su lanza diera renombre, vino de Sifnos, rica en oro. Del Ática salió Perseo, mecido en cuna noble entre las nobles y dueño de los campos más fértiles de Eleusis: los frutos de sus olivares no tenían rival; en sus huertos se contaban por miles los panales que destilaban la miel más rubia y perfumada de muchas leguas a la redonda; sus viñas producían el vino más generoso que llenar podía las cráteras del Ática toda.

El buen rey Alcino, siempre tan ocupado en los trabajos que le imponía su cargo y también poco perspicaz, no observaba la indiferencia con que su hija miraba la nube de sus cortejadores. Así, le dijo sonriendo con bondad:

—Escoge, hija mía, el más grato a tu corazón. Dichoso aquel que te lleve consigo.

Y luego añadió en tono de cariñosa broma:

—Me he sentado en el consejo, más resplandeciente que los demás, con el manto tejido por las manos de mi hija Nausicaa y con mis vestiduras que esas mismas manos y el agua pura de nuestro río, dejaran tan blancas. Ante ti la alegría se esponja como los pájaros al salir el sol, y la huella que dejas es de paz.

* * *

Por fin, un día Nausicaa no abandonó el lecho. Sus piernas se negaron a sostenerla. La reina llamó a Alcino y le habló así:

—Esposo mio, tu hija está enferma de un mal cuya causa ignoro. Hace días anda silenciosa y triste... no la he vuelto a oír reír como antes con su risa que nos llenaba a todos de júbilo. ¿No has visto, rey Alcino? Ya el leve color que tenía sus mejillas se ha apagado y ahora, como nunca, parece hecha de blanco mármol. Toca su frente y sus manos y las sentirás arder.

El rey Alcino tuvo un gran dolor al ver tendida a su hija, tan pálida y tan silenciosa.

Hizo venir a los hombres más famosos en el arte de curar, pero ninguno consiguió aliviarla.

Lo único que la animaba un poco eran los cantos del ciego aeda Demodoco. En una ocasión, mientras su madre y sus esclavas hallábanse distraídas, tomó la mano del ciego y en voz baja le pidió cantase las hazañas de Ulises, el hermoso extranjero.

¿Acaso sintió aquel viejo corazón de poeta, sin ojos para el mundo exterior, palpitar el amor inmenso de la doncella? Quizá sí, porque desde el día en que tal cosa le rogara su princesa, los cantos entonados para ella se refirieron tan sólo al héroe de Itaca;

su voz vibraba cuando tal hacía, con un scento en que temblaban la pasión y la tristeza, y Nausicaa le pedía al terminar, se acercase para besar su cabeza encanecida.

Para que abriese los ojos y sonriera, ya cabían su madre y sus esclavas que bastaba llamar al aeda.

Cuando fué tiempo del retorno de la nave que llevó a Ulises, Nausicaa preguntó a la hija de Dimante por ella. Esta quiso evitarle una pena y le ocultó su trágico fin.

* * *

En tanto, Ulises había arribado a las playas ansiadas. Los cortejadores de Penélope muertos y los sacrificios prometidos hechos, no quedaba sino descansar tranquilo en el hogar, y contemplar los rostros amados de su esposa, de Telémaco y del viejo padre Laertes.

Experimentaba su cuerpo una tranquilidad que rebelaba su pensamiento de aventurero, cuando oía fuera bramar el huracán y él se miraba junto al hogar y sentía que el calor de las llamas le lamía las manos cual un perro fiel y cariñoso.

Entonces, con el cuerpo y el espíritu colmados de bienestar, y mientras Penélope y sus mujeres movían las lanzaderas, y la rueca llenaba la estancia con su canción de paz, y Laertes y Telémaco lo miraban con ternura y admiración, él refería sus aventuras y todos quedaban suspensos.

En una ocasión, ya habían pasado unos cuantos meses desde su regreso, vió moverse un álamo en la cima de un collado vecino. Era una tarde dorada y el árbol gentil que balanceaba sus ramas sobre el fondo del cielo en el que flotaba un polvo blanco, le hizo pensar en la hija del rey feacio, tal como la viera el día en que arribó a aquel país, guiando el carro en que iban las ropas ya lavadas por ella y por sus esclavas. Recordó la blanca y linda faz ligeramente nacarada por la aurora; sus doradas trenzas, el velo y los pliegues de la túnica color de plata flotando alrededor de su cuerpo flexible, tal como se agitaba en ese momento el follaje evanescente en torno del tronco del álamo.

—Nausicaa, Nausicaa, pensó el héroe. ¿Qué ha sido de ti, doncella la más blanca y suave que miraron mis ojos de peregrino? Seguramente un mancebo de noble cuna y hermoso cual tú mereces, te ha llevado consigo y te ha hecho su esposa! ¡Feliz quien estreche en sus brazos tu cuerpo ondulante y bese tus trenzas perfumadas!

Tuvo también la ilusión de oír en su interior la voz que en una ocasión hizo caraias en su oído, la voz de la princesa lejana, cuando él, ya lavado y ungido, apareció de nuevo ante ella, en las orillas del río: «¡Plegue a los dioses que hombre igual a éste y de los nuestros, pueda llamarse mi esposo! Ojalá en nuestra patria encuentre los atractivos que pueden retenerlo».

Apoyado en una columna, con los ojos en el álamo, sentía su corazón ya cansado sumergirse en un baño de juventud.

Oh! Si él pudiera ser joven como Telé-

maco, volaría a la Esqueria y pediría a Alcinoos le diera su hija por esposa!

La voz de Penélope la fiel, lo sacó de su ensueño:

—Ulises, esposo mío muy amado, ¿acaso estás triste y echas de menos tus aventuras?

El rey de Itaca suspiró y dió una última mirada al álamo que mecía su follaje sobre el oro de la tarde.

* * *

A la mañana siguiente habló a su hijo y a Penélope de equipar una hermosa nave con ricos presentes y enviarla con un saludo a sus huéspedes feacios. Buscaron entre sus tesoros lo mejor que poseían: dos tripodes de bronce labrados por mano maestra y admirados por todos aquellos a quienes eran mostrados; suaves tapices en los que se veían bordadas con arte exquisito, escenas divinas: el juicio de Paris, el nacimiento de Atenea, Apolo al ser desterrado del Olimpo y Apolo comiendo el pan y cuidando los rebaños de Admeto: una cratera de oro ornada por un artífice de genio con una vid cuyos frutos eran piedras preciosas, cofres de sándalo traídos de la India lejana, cuya madera había sido convertida en encaje maravilloso. Para los hijos de Alcinoos, Penélope envió clámides y mantos tejidos por sus manos y Ulises, lanzas y escudos que un gran rey hubiera deseado para sí; un escabel y un sitial de oro y marfil, una rueca y una arca de oro esculpidas con primor, se destinaron para la reina Aretea. Ulises pidió se buscara lo más bello y precioso allí guardado, para la princesa Nausicaa. Él mismo escogió un velo sutil y resplandeciente que hubiérase dicho tejido con rayos de luna; un cinturón y un broche de oro usados allá en Illion por la casta esposa de Héctor, en las grandes festividades.

Mas todo aquello no satisfacía a Ulises. Él deseaba para la hija de Alcinoos, algo infinitamente delicado, algo que no pudiera encontrarse repetido sobre la tierra. El héroe meditó un buen rato ante sus riquezas. Al fin encontró el peplo regalado por Helena a Telémaco para la doncella que escogiese por esposa, «el peplo muy amplio y resplandeciente cual una estrella», tejido y bordado por las manos femeninas más bellas del mundo, por las manos de la bella mujer con que Venus premio a Paris su juicio.

El rey de Itaca habló a su hijo de esta guisa:

—Telémaco, hijo mío, quiero enviar a Nausicaa algo digno de su gracia y de su blancura. Vestida con este peplo, semejará la estrella de la mañana brillando castamente sobre el cielo emblanquecido por el alba. Ya labraré tu madre otro para la doncella que ha de ser tu esposa. Seguramente—añadió sonriendo a Penélope—el que ella teja no será inferior a éste. Recuerda que sus manos están benditas por Atenea.

Sin embargo, en su interior el astuto rey pensaba que jamás Penélope podría fabri-

car nada que tuviese la belleza y el valor de aquel peplo. Telémaco tuvo pena al pensar que su padre prefiriese a una mujer que no iba a ser su esposa, pero nada dijo.

Ulises llamó de sus servidores, a los más queridos entre los más apuestos y sabios para que llevasen el saludo y los presentes a los reyes de la isla Esqueria. Uno de los hijos de Dolio, muy amado de su señor y a quien los dioses concedieron un pensar lleno de sabiduría, era el que mandaba la expedición.

A éste llamó Ulises aparte antes de embarcarse.

—Dí a la princesa Nausicaa, cuando no haya oídos cerca, que el rey de Itaca, el extranjero protegido por ella, desea su dicha. Que le ofrece un peplo tejido por manos inmortales, para que lo vista el día de sus bodas, si es que aún no las ha celebrado. Dile también, si la miras triste, que tu señor envidia al mancebo que ha de vivir a su lado. Y dile que me has visto llorando sin querer enjugar el llanto, al recordarla.

Por las mejillas del héroe rodaron lágrimas que fueron a perderse entre la negra barba que tanto deseaba Nausicaa sentir sobre su frente.

El hijo de Dolio comprendió y partió en silencio.

* * *

Se embarcaron una mañana en que el cielo estaba azul y el mar tranquilo.

Ulises, mejor que con todas aquellas riquezas, hubiera equipado la hermosa nave con una parte de la ternura en que se fundía su corazón al contacto de la blanca memoria de la princesa feacia.

¿Los años al pasar no habían helado en su sangre el sentimiento amoroso? ¿No coronaba la cima de su vida, fría tranquilidad, como la nieve la cumbre de elevado monte? ¿No había transformado el tiempo su antiguo fuego, en el sereno cariño que ahora sentía al lado de Penélope? ¿Olvidaba que su hijo desposaría en breve a alguna de las jóvenes que se ruborizaban cuando el mancebo pasaba? Pronto sus nietecillos jugarían con sus corderos aún no nacidos. ¿A qué, pues, estos ensueños? Y sin embargo, he aquí que la primavera había tornado a él, y sus brisas enervantes derretían en su interior el hielo.

Miró alejarse las velas con un dolor semejante al de Nausicaa cuando la nave que lo traía a su país se alejó de la costa de la isla Esqueria.

Al regresar lentamente del puerto a la ciudad, su pensamiento se recreó en la figura juvenil que volvía a hacer palpitar de amor su viejo corazón.

Cerraba los ojos para contemplarla con más nitidez en su interior: ya como apareciera por vez primera a sus ojos, blanca, erguida, sin velo en la cabeza, las trenzas deslizándose sobre la albura de la túnica, como dos chorros de oro en un campo de nieve; los pliegues del vestido immaculado cayendo graciosos a lo largo de su cuerpo

flexible y dejando ver los pies tan delicados y ágiles, que más bien parecían alas. Ya en el carro en que viniera al río a lavar las ropas de los suyos, guiando los caballos, o ya cual la mirara despidiéndolo en el umbral de majestuosa estancia.—«Salud, huésped! Plegue a los dioses que cuando te encuentres en la patria tierra, te acuerdes de mí, a quién debes la vida». El recordó asimismo que en esa ocasión, al trasponer el pórtico, había vuelto la cabeza para contemplarla por última vez y la vió apoyada en el umbral, siguiéndolo con los ojos... El había pensado entonces, al ver su figura indecisa y ondulante destacándose sobre oscuro fondo, en la columna de humo que se eleva en los altares, cuando el sacrificio es propicio a los ojos de los dioses.

* * *

La nave arribó felizmente a la isla Esqueria. El rey Alcino, a pesar de la desgracia ocurrida a la embarcación que fué a dejar a Ulises a su tierra, recibió con alegría a sus enviados.

¿Quién puede oponerse a los designios de los dioses? Por otra parte, el recuerdo del huésped glorioso era muy grato a su corazón.

Cuando Nausicaa supo la llegada de los italicenses, pidió los llevaran a su presencia. Al encontrarla tendida entre almohadones, el hijo de Dolio sintió flaquear su espíritu y pensó si no sería el mismo dolor que hizo llorar a su amo al partir él de Itaca, el que tenía postrada a la hija de Alcino.

Tomó con sus manos débiles, los presentes enviados por Ulises. A todos dedicó una palabra amable y una sonrisa triste, y sus ojos se abrieron desmesurados cuando desplegaron ante ellos el magnífico peplo tejido y bordado por Helena.

El hijo de Dolio, puso la rodilla en tierra: —Mi señor os saluda. El dijo, princesa Nausicaa, que vestida con este peplo semejarais la estrella de la mañana brillando sobre el cielo emblanquecido por el alba.

Nausicaa sonrió.

El hábil enviado de Ulises dejó el peplo en manos de las admiradas esclavas y se acercó discretamente. En voz baja repitió las palabras de su amo:

—«Que le envía ese peplo para que lo vista el día de sus bodas, si es que aún no las ha celebrado»... Mi señor considera muy dichoso al que os haga su esposa... Y yo, princesa, lo vi llorando al recordaros sin que él tratara de enjugar su llanto.

En las pestañas de Nausicaa tembló una lágrima:

—Di a tu señor que me encontraste triste, mas que al saber que no me ha olvidado, me viste tornarme alegre. Dile que más le valiera haber dejado ese peplo para la doncella que destina a su hijo, pues yo lo llevaré donde moran las sombras. Dile que has conocido mis pretendientes, que son muchos, todos bellos, de noble cuna, famosos y ricos... pero que ninguno se parece a él. Dile que sólo hay una mujer cuya suerte

quisiera para mí, y que esa mujer es la fiel Penélope. Y dile por último que desde que él partió, tengo siempre ganas de llorar.

* * *

Pocos días después la hija de Alcino murió. Colocaron el cadáver bajo el pórtico. Eurimedusa no quitaba la mirada de aquellos pies en quienes los dioses se habían complacido, vueltos hacia la puerta, cuyo umbral no traspondrían más.

La vistieron con el peplo enviado por Ulises para sus bodas y la coronaron de flores.

Tres días después llevaron el cuerpo a su morada final. La sepultura fué abierta en el jardín, a la sombra de los álamos y cerca de una fuente que recordaba su risa.

¡Cuán diferente fué el cortejo que allí la condujo, al imaginado por todos cuando vieron llegar los pretendientes! No lo iban precediendo alegres vírgenes vestidas con blancas túnicas y coronadas de flores de jacinto, sino flautistas que llenaban el aire con sus lúgubres tocatas. Detrás marchaban plañideras no pagadas, cuyos lamentos brotaban del corazón:

¡Qué triste está sin ti, Nausicaa, la mansión de Alcino y de la buena Aretea! ¡Ya en las vastas estancias no volverá a levantarse tu voz amable ni tu risa fresca!

¿Qué dolor apagó en tus labios esa risa que llevaba alegría a todos los oídos? Tu boca era una lámpara en la cual la sonrisa ardía perenne. Un soplo la extinguió y el palacio de nuestro rey ha quedado a oscuras. ¡Cuán lejos en el aire van las ondulaciones de tu última risa, oh Nausicaa! ¡Nausicaa! la doncellita linda de los blancos pies! Sin duda Thanatos, el de los pies dislocados, tuvo envidia al contemplar los tuyos que hacían pensar en las alas de las palomas de Afrodita, y por eso te llevó a la mansión misteriosa!

¡Nausicaa, la de las trenzas doradas que no volverán a brillar a los rayos del sol! ¡Qué triste está sin ti el palacio de nuestro rey! ¡Ahora los lamentos de la reina Aretea, del rey Alcino, de los mancebos hermanos de Nausicaa y de los servidores, son los que aletean en las estancias del palacio, y no las palabras color de cielo ni las risas color de rosa de nuestra amada princesa!

¿Quién lavará ahora los mantos del rey Alcino, para que aparezca resplandeciente en el Consejo, y las túnicas de sus hijos para que en la danza los ojos de las doncellas los sigan complacidos?

¡Cuántos pretendientes acudieron! ¡Cada uno te llevará consigo... En la Eubea, en el Ática, en Sifnos, en Calcis, habrá un hogar en que se sienta tu memoria!

¡Alegre fuiste, oh Nausicaa! ¡Y las flores brotaron doquiera se posó tu planta!

Mas, ay! que tu sombra vaga en este instante sobre los campos de asfodelos.

Así se quejaron las plañideras en la muerte de Nausicaa.

Las amantes manos de la reina Aretea y

las arrugadas y tiernas de Eurimedusa procuraron que en la mansión de la muerte tuviese algo que le recordase lo que amó en vida: los juguetes de hueso que la entretuvieron de pequeña, su lanzadera de plata y sus joyas predilectas; no fueron olvidadas las figuritas que representaban a Eurimedusa, a sus esclavas más queridas y a sus pájaros.

El epitafio grabado en el mármol era sencillo como lo fué la blanca hija de Alcino, que murió de amor por el héroe más famoso de la guerra de Troya: «El rey Alcino y su pueblo plantaron aquí una sonrisa... más el tallo que brotó no floreció en sonrisas sino en dolor».

* * *

Cuando los enviados de Odiseo tornaron a Itaca, traían los rostros llenos de dolor.

El hijo de Dolio besó las manos de su señor y repitió con voz doliente, el mensaje de la princesa Nausicaa:

—...«Y dile por último que desde que él partió tengo siempre ganas de llorar».

El héroe que no tembló ante los muros de Troya, se abatió sobre el hombro de su amigo y lloró con el rostro cubierto por el extremo de su manto.

CARMEN LYRA

San José de Costa Rica.
1914.

Curso Práctico de Literatura y Castellano

ROGELIO SOTELA

Profesor de Estado

abrirá próximamente dos secciones de estudio así:

Primer Curso:

GRAMÁTICA Y RETÓRICA: de 7 a 8 p. m.

Segundo Curso:

LITERATURA GENERAL: de 8 a 9 p. m.

Queda abierta la matrícula. Para detalles dirigirse al apartado N.º 113, San José.

Febrero 15 de 1926.

Revista de Filosofía

CULTURA - CIENCIAS - EDUCACIÓN

Publicación bimestral dirigida por

JOSÉ INGENIEROS Y ANÍBAL PONCE

Aparece en volúmenes de 150 a 200 páginas.

Estudia problemas de cultura superior e ideas generales que excedan los límites de cada especialización científica.

Suscripción anual: 10 \$ moneda argentina Exterior:» 5 \$ oro.

Redacción y Administración: BELGRANO 475 Buenos Aires

Mercurio Peruano

Revista mensual de Ciencias Sociales y Letras

Director: VÍCTOR ANDRÉS BELAUNDE

Número suelto U\$ 1.00

Lima, Perú.



¿Qué hora es?...

=Sección destinada a los encargados de la enseñanza pública en escuelas y colegios.=

La Enseñanza y la Economía

I

EL problema de la enseñanza no puede ser bien comprendido si no es considerado como un problema económico y como un problema social. El error de muchos reformadores ha residido en su método abstractamente idealista, en su doctrina exclusivamente pedagógica. Sus proyectos han ignorado el íntimo engranaje que hay entre la economía y la enseñanza y han pretendido modificar ésta sin conocer las leyes de aquélla. Por ende, no han acertado a reformar nada sino en la medida que las leyes económicas sociales les han consentido. El debate entre clásicos y modernos en la enseñanza, no ha estado menos regido por el desarrollo capitalista que el debate entre conservadores y liberales en la política. Los programas y los sistemas de educación pública han dependido de los intereses de la economía burguesa. La orientación realista o moderna, por ejemplo, ha sido impuesta, ante todo, por las necesidades del industrialismo. No en balde el industrialismo es el fenómeno peculiar y sustantivo de esta civilización que, domina por sus consecuencias, reclama de la escuela más técnicos que ideólogos y más ingenieros que rectores. Cuando Rabindranath Tagore, mirando con sus ojos orientales la civilización capitalista, descubre que ésta ha hecho del hombre un esclavo de la máquina, no arriba a una conclusión exajerada.

II

Pero estas consecuencias del capitalismo no han provocado generalmente de parte de los intelectuales, un esfuerzo inspirado en un efectivo propósito de restablecer el equilibrio entre lo moral y lo material. Los intelectuales en su mayoría, han hecho el juego de la reacción. No han sabido oponerse al presente sino en el nombre del pasado. Permeados de espíritu conservador y de mentalidad aristocrática, han sustentado, directa o indirectamente, las mismas ideas de los herederos o sucesores del régimen feudal. Han suscrito su vieja y simple receta de idealismo: los estudios clásicos.

Y la decadente burguesía europea, sin darse cuenta de que adoptaba una tesis contraria a su función histórica, ha buscado en esta receta un remedio para sus males. Ha maridado la enseñanza clásica con la enseñanza realista. Ha diferenciado la educación de sus políticos y literatos de la de sus ingenieros y comerciantes. La política y la literatura, impotentes para gobernar la economía, han resultado así infestadas de rectores y humanistas cuya obra ha sido uno

de los agentes más activos de la crisis contemporánea, que se caracteriza precisamente por una serie de contradicciones entre la política y la economía.

Jorge Sorel, en uno de los capítulos de su libro *La ruina del mundo antiguo*, denunciaba el parasitismo del talento literario como una de las causas más serias de la corrupción de las clases ilustradas. «El parasitismo del talento literario—escribía—no ha cesado de enconarse sobre Europa y no parece que haya de desaparecer; cambia de formas, pero está alimentado por una tradición muy poderosa que ostenta principios de educación muy antiguos y muy singulares».

La experiencia moderna de los estudios clásicos no acredita absolutamente la tesis, o mejor dicho, el dogma que les atribuye el privilegio de formar espíritus idealistas y espíritus superiores. El idealismo que engendran es un idealismo reaccionario. Un idealismo contrario o extraño a la dirección de la historia y que, por consiguiente, carece de todo valor como fuerza de renovación y elevación humanas. Los abogados y literatos procedentes de las facultades de Humanidades, han sido, casi siempre, mucho más inmorales que los técnicos provenientes de las facultades e institutos de ciencia. Y la actividad práctica y teórica de estos últimos ha seguido el rumbo de la economía y de la civilización, mientras la actividad práctica, teórica o estética de los primeros los ha contrastado frecuentemente al influjo de los más vulgares intereses y sentimientos conservadores. El valor de la ciencia como estimulante de la especulación filosófica no puede, por otra parte, ser desconocido ni desdeñado. La atmósfera de ideas de esta civilización debe a la Ciencia mucho más seguramente que a las Humanidades. El clasicismo, en fin, no ha mirado tanto a Grecia como a Roma. En los países latinos o sedicentes latinos, sobre todo, ha pugnado por mantener el culto de la retórica y el derecho romanos. Y de lo que el romanismo representa específicamente en nuestro tiempo, la nueva generación hispano-americana, a la que están dirigidos estos artículos, encuentra una exacta y cabal explicación en Italia. El fascismo italiano inspira totalmente su teoría y su praxis en la historia romana. Más aún, se supone predestinado para resucitar el Imperio Romano.

La tendencia conservadora del clasicismo en la enseñanza está desde hace mucho tiempo esclarecida. Las izquierdas, consciente o instintivamente, se han opuesto siempre a una restauración excesiva de los

estudios clásicos. Aunque, en verdad, esta oposición ha nacido, más que de una clara orientación revolucionaria, de ese positivismo optimista que esperaba de la Ciencia la solución de todos los problemas humanos.

Entre los pensadores del socialismo, Jorge Sorel ha sido, sin duda, aquel que mejor ha percibido el mecanismo de la influencia conservadora de los estudios clásicos. Sorel ha formulado así su pensamiento: «El niño sabe observar o bien observa mal; es preciso, pues, inculcarle costumbres de observación, y esa debería ser la principal preocupación del maestro. A consecuencia de ese vicio natural, tenemos una tendencia constante a comprender mal los principios, a dejarnos engañar por falsas razones, a contentarnos con explicaciones vulgares y anticientíficas. Pero la educación clásica desarrolla en proporción enorme esos defectos de nuestra naturaleza y podemos esperar un estado que yo llamo estado de disociación ideológica, en el cual hemos perdido el sentido de la realidad de las cosas. Cuando la educación está dirigida hacia un fin práctico, cuando tiene por objeto conducirnos a ocupar un sitio en la vida económica, ese resultado deplorable no puede alcanzarse de una manera completa. La disociación ideológica no sólo hace los sofismas fácilmente aceptables, sino que impide ejercer toda crítica sobre nuestras operaciones intelectuales; ella es, pues, muy favorable a esa inversión de las funciones electivas que nos permiten justificar todos nuestros actos. Ella desarrolla un egoísmo monstruoso que subordina toda consideración a los deseos de nuestro apetito y que nos hace apreciar los recursos puestos a nuestra disposición como un débil tributo rendido a nuestro talento. En el medio económico podemos reclamar una parte igual socialmente a nuestro trabajo; pero por la disociación ideológica nos salimos del medio económico: reclamamos una parte en relación con nuestro talento, es decir, pretendemos sobrellevar sobre la producción lo que apreciamos estar en relación con la dignidad de nuestro ingenio.»

III

Los fautores del clasicismo hacen reposar casi toda su doctrina sobre una base rígida y dogmática. Pretenden que la filología y la retórica clásicas, únicas generadoras del idealismo, son además la mejor disciplina para la inteligencia. Pero estas aserciones no resultarán absolutamente comprobadas. Autorizados pedagogos modernos, a quienes no se puede acusar de sectarismo revolucionario, las confutan con válidas razones, nutridas de su observación profesional. Albert Girard, presidente de los *Compagnons* de la Universidad Nueva, polemizando con los partidarios del latín a ultranza, escribe lo siguiente: «Sin duda esta disciplina es excelente; pero ¿quién nos prueba que no valiesen otras igualmente? Se objetan los resultados inferiores de la sección sin latín. Pero en primer lugar, se encuentran en ella alumnos exce-

lentes, y si son hoy más raros que antes ¿no es porque se impulsan a los mejores hacia las secciones latinas? ¿Quién sabe lo que se obtendría con una igualdad de reclutamiento? Aunque, en este caso, se revelase como inferior la sección moderna, aún habría que preguntarse si no se debía a que los métodos para la enseñanza de las lenguas vivas están todavía muy lejos de la perfección. La sección moderna, ni por su reclutamiento ni por sus métodos, ha llegado todavía al fin de sus posibilidades educadoras. ¿Tenemos derecho por esto a concluir apresuradamente contra ella? Científicamente esto es imposible. Nada prueba que no se pueda ejercitar las facultades del espíritu por medios análogos, y realizar así una de las condiciones de la unidad de cultura».

Coinciden con estos puntos de vista, esencialmente técnicos, los educadores que han creado en Alemania un nuevo tipo de escuela secundaria: la Deutsche Oberschule. Los partidarios de este tipo de escuela estiman que la cultura greco-latina no tiene privilegio educativo, «que los jóvenes alemanes pueden encontrar de una manera más directa, más popular y más democrática, en el mismo país en que han nacido, una cultura igual a la que puede dar cualquier otro establecimiento de segunda enseñanza». (*La Reforma Escolar en Alemania* por M. P. Rogues).

IV

La solidaridad de la Economía y la Educación se revela concretamente, en las ideas de los únicos educadores que verdaderamente se han propuesto renovar la escuela. Pestalozzi, Froebel, etc., que han trabajado realmente por una renovación, han tenido en cuenta que la sociedad moderna tiende a ser, sobre todo, una sociedad de productores. Su concepción de la enseñanza es sustancialmente moderna. La Escuela del Trabajo representa un sentido nuevo de la educación. Un principio peculiar de una civilización de trabajadores. El Estado capitalista se ha guardado de adoptarlo y actuarlo plenamente. Se ha limitado a incorporar en la enseñanza primaria (enseñanza de clase) el «trabajo manual educativo». Ha sido en Rusia donde la Escuela del Trabajo ha sido elevada al primer plano en la política educacional. En Alemania la tendencia a ensayarla se ha apoyado principalmente en el predominio socialista de la época de la revolución.

Singularmente ilustrativo y sintomático es el hecho de que esta reforma haya brotado en el campo de la enseñanza primaria. Este hecho nos demuestra claramente que, dominadas por el espíritu conservador de sus rectores, la enseñanza secundaria y la enseñanza universitaria, constituyen aún un terreno poco favorable a todo intento de renovación y poco sensible a la nueva realidad económica.

Un concepto moderno de la escuela coloca en la misma categoría el trabajo manual y el trabajo intelectual. La vanidad de

los rancios humanistas, alimentada de romanismo y aristocratismo, no puede avenirse con esta nivelación. Malgrado la repugnancia de estos hombres de letras, La Escuela del Trabajo es un producto genuino, una concepción fundamental de una civilización creada por el trabajo y para el trabajo.

V

¿Como se plantea esta cuestión en nuestra América? La gente que en este continente piensa y discurre con menos originalidad sobre los problemas americanos, manifiesta ya cierta frívola inclinación a recomendarnos los principios de la reforma Berard y de la reforma Gentile. Forma parte de la incoherente y desorientada deliberación de la sección respectiva del último Congreso Científico Pan-Americano un voto que reclama la extensión o restauración del latín en la instrucción media. Es de temer, en suma, que los gerentes de la educación pública en nuestra América, no satisfechos de la experiencia de los métodos heredados de España, que tan eficazmente han entrabado el desarrollo de la economía hispano-americana, consideran necesario injertar un poco de clasicismo marca Berard o marca Gentile en los caóticos e inorgánicos programas de enseñanza de estos pueblos.

Pero los hombres nuevos de Hispano-América no deben dar las espaldas a la realidad. Nuestra América necesita más técnicos que rectores. El desarrollo de la economía hispano-americana exige una orientación práctica y realista en la enseñanza. El clasicismo no crearía mejores aptitudes mentales y morales. (Esta idea, en último análisis, resulta una mera superstición reaccionaria). En cambio, sabotaría la formación de una mayor capacidad industrial y técnica.

Quedan para un próximo artículo en que me ocuparé de la escuela única, otros aspectos del problema de la educación pública enfocado como un problema económico-social de nuestra América.

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

1925.

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Dr. ALEJANDRO MONTERO S.

MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Despacho:

50 varas al Norte del Banco Internacional.

Tablero

—1926—

Ortografía

Tal es la que con este título ha publicado don Matías Gámez Monge. Le damos las gracias por el ejemplar con que nos ha obsequiado. Es obrita, ésta, que debe andar en manos de propios y extraños que quieran aprender bien la ortografía española, o que la tengan dudosa. Secciones de la obra: Alfabeto, Puntuación, Conjugación Regular, Vocales, Silabas, Diptongos, Acento, Consonantes, Homónimos, Abreviaturas, Signos de Puntuación, Nombres Propios, Apellidos, Términos Populares, Locuciones Latinas, Voces Deportivas, Vocabulario de dudosa ortografía, Signos en la corrección de pruebas, etcétera. Se trata, como se ve, de algo manual y práctico. Ejemplos numerosos amenizan el texto.

Precio del ejemplar, 194 páginas: ₡ 2.00 y se halla en todas las librerías.

El buen ejemplo

Filadelfia, 14 de febrero de 1926.

Muy estimado señor García:

Acudo a su dirección maestra y amable. Quiero que tenga la bondad de comprarme una o dos obras de avanzada pedagógica, por el estilo de *Las escuelas de mañana* y *Una escuela nueva en Bélgica*, que ya tengo. Pues deseo leer obras así, de trabajos realizados y no de meras teorías. Usted está al día y puede llevarme de la mano a otras fuentes que reclaman mis inquietudes de maestro. Quiero conocer, por ejemplo, a fondo los métodos de Decroly.

También le agradecería facilitarme aquella conferencia que cierto educador del Norte dijo en Nicaragua para impulsar allí los Trabajos Manuales como ejercicio escolar. Recuerdo que usted leyó trozos de ese trabajo en una conferencia de Inspectores Escolares.

Disculpe las molestias de su discípulo y amigo, que le saluda cordialmente,

R. LEIVA

La estimación extranjera

Señor Rogelio Sotela,

Costa Rica.

Mi admirado y fino amigo:

Hace un par de meses recibí un ejemplar de la segunda edición de su pequeño enorme libro *Recogimiento*. Tuve una sorpresa muy buena, al encontrar al frente de él, junto con la carta de Gabriela, mis palabras de sincera admiración sobre su obra. Y pensé escribirle en seguida, para que usted tuviera de inmediato la constancia de mi alegre gratitud por su recuerdo. Pero, la tregua de paz de aquellos días duró poco. Al ponerse de nuevo delicado mi enfermo, me hundí otra vez en la angustia, en el olvido de todo lo que no fueran mis dolorosas obligacio-

nes. Resurjo de nuevo con su convalecencia.
¡Ah, ruegue a Dios, amigo, que al fin me sea dada, con su salud, el optimismo y la fe que estoy perdiendo! ¡yo que antes no sabía sino sonreír!

He releído, en veladas que parecían interminables, su *Recogimiento*. He vuelto a anegarme de la nobleza, de la belleza, de la elevación de este libro precioso. El está ya en la biblioteca de mi pequeño Julio. ¡Cuánto bien le hará, cuando el niño sea hombre!

Envío mis afectuosos saludos a su familia y le ruego los haga llegar, muy cordiales, a García Monge.

Su amiga de siempre,

JUANA DE IBARBOUROU

Montevideo, diciembre de 1925.

...Amigo: hágame la merced de enviarme cuanto publique. Lo leo con detenido interés y siempre esas lecturas son para mí óptima cosecha.

Heredia, 20 de enero de 1926.

Señor J. García Monge,

REPERTORIO AMERICANO,

San José.

Muy estimado amigo:

Por si usted le parece oportuno que los lectores de su interesante semanario los conozcan, le envío fragmentos de tres cartas escogidas al azar entre la copiosa correspondencia que la Biblioteca de la Escuela Normal mantiene, en su afán de relacionarse con los mejores hombres y las grandes instituciones de nuestra América. Siempre incluyo esas cartas en los informes trimestrales que esta Biblioteca rinde, pero como no todos se publican, me parece prudente pedir hoy a usted hospitalidad en su periódico.

1.—... Debo manifestarle, distinguido señor, que conozco algo del movimiento intelectual y del desenvolvimiento de esa nación. En efecto, mantengo vínculos de amistad con el ilustre escritor don J. García Monge, quien tanto hace con las ediciones de *CONVIVIO* y con el *REPERTORIO AMERICANO* por el intercambio espiritual de los países de América.

CONVIVIO me ha honrado con la edición de un trabajo mío sobre Cervantes y el *REPERTORIO AMERICANO* reproduce con frecuencia escritos míos...

ALBERTO GERCHUNOFF

Buenos Aires, 6 de julio de 1925.

2.—... Respondiendo a la generosa idea de intercambio de publicaciones remito a usted, rogándole quiera hacerla conocer en los centros de su hermoso país, la revista que editamos en esta Escuela: *Nuestros Hijos*.

En el número 11 aparece una documentación a propósito de la Escuela Libre que dirijo ahora en Las Piedras; documentos que interesarán sin duda por lo que tienen de intervención oficial en la obra de «transformar la escuela»¹.

...Felicitó a ustedes por la feliz organización que han dado a esa Biblioteca y deseo mucha prosperidad a la Escuela Normal de Costa Rica.

SABAS OLAIZOLA

Las Piedras, Uruguay,
12 de octubre de 1925.

3.—... También he leído con interés el libro de Leiva Quirós (*Nueva Cartilla Cívica*) y participo de la opinión de Ricardo Jiménez respecto de la eficacia del voto secreto, que hemos experimentado satisfactoriamente en la Argentina en la presente legislación electoral...

Dr. ERNESTO QUESADA

Buenos Aires, 3 de diciembre de 1925.

Creo, señor García Monge, que los tres fragmentos merecen un comentario, que usted puede y debe hacer. Por si hay por ahí algún maestro que quiera hojearla, le envío una colección de los números de *Nuestros Hijos* que me han llegado; podría usted reproducir artículos de esa revista en la sección *Qué hora es?*, lectura oportuna en este momento de la vida escolar que atravesamos.

Saluda a usted su amigo de siempre.

SALVADOR UMAÑA

La estimación de los propios

(Fragmento de una carta).

Le acompaño una letrita por tres dólares para cubrir la suscripción de su encantadora revista *REPERTORIO AMERICANO*. Lástima grande que no sea por trescientos en vez de tres dólares, para que fuera un auxilio efectivo a su simpática publicación y a los nobilísimos fines que con ella se propone y que todo me indica que alcanza a medida de su generoso empeño. Lo que sí bien sé que no alcanza es prosperidad económica y estoy seguro de que a pesar de lo mucho que se estima y aprecia su revista eso no se traduce en dinero contante y sonante; esa es la amarga realidad con que se tropieza con empresas como la que usted ha emprendido, una labor de verdadero maestro y como labor de maestro abnegada y cruel. Yo querría decirle a todos los costarricenses que se suscribieran a esa revista que *ha puesto* a Costa Rica en el mapa del mundo; decirles que el *advertising*, que usted le da a nuestro país, vale millones, pues su pequeño y modesto *REPERTORIO* da nombre y gloria al pequeño país donde se edita, de cuya

1.—Véase tal documento en el *REPERTORIO* Núm. 5, tomo en curso.

cultura parece ser flor, aunque no sea flor más que del alma de un generoso luchador.

MODESTO MARTÍNEZ

46 Central Park West,
New York City,
U. S. A.

Los libros de la semana

Donación de los autores, que mucho agradecemos:

Juan Clímaco Vélez: *Alma estelar*. Medellín, Colombia, 1925.

Dr. José Manuel Carbonell: *Pedro Santacilia, su vida y sus versos*. Habana, 1924.—Manuel Sanguily: *Adalid, tribuno y pensador*. Habana, 1925.—*Discursos*. Habana, 1925.

José Pedroni: *Gracia Plena*. Poesías Editorial BABEL. Buenos Aires, MCMXXV.

B. Sanín Cano: *La civilización manual y otros ensayos*. Editorial BABEL. Buenos Aires, MCMXXV.

Emilia Bernal: *Vida*. Poesías. Madrid, 1925.—*Los nuevos motivos*. Poesías. Madrid, 1925.

Jaime Torres Bodet: *Biombo*. Herrero Hnos. 1925. México.

Juana Efeso: *Ejercicios*. Buenos Aires, 1925.

José B. Pedroni: *La gota de agua*. Agencia General de Librería y Publicaciones. Buenos Aires, 1923.

Ricardo Donoso: *Don Benjamín Vicuña Mackenna. Su vida, sus escritos y su tiempo*. 1831-1886. Santiago de Chile, MCMXXV.

Más referencias y extractos de estas obras, se darán en próximas ediciones.

Revista Parlamentaria de Cuba

Publicación mensual

Política, Historia, Intereses Profesionales, Cultura General y Defensa Nacionalista

Director: JOSÉ CONANGLA

Apartado 973 - Habana, Cuba.

Suscripción anual: ... \$ 6.00 oro.

Valoraciones

Revista de humanidades, crítica y polémica

Organo del Grupo de Estudiantes «Renovación»

Calle 60 N° 682

La Plata, Rep. Argentina

Revista Bimestre Cubana

Publicación Enciclopédica

Editada por la

SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS

Director:

FERNANDO ORTIZ

Suscripción anual: \$ 3.00

HABANA, CUBA